

# SOCIEDAD Y POLÍTICA

## Temas de sociología política

Jorge Benedicto,  
María Luz Morán (eds.)



Editorial Alianza

Madrid, 1995

Este material se utiliza con fines  
exclusivamente didácticos

---

# ÍNDICE

<b>Relación de autores.....</b>	<b>13</b>
<b>Prólogo .....</b>	<b>15</b>
<b>Capítulo 1. Sociedad y política: una relación multidimensional,</b>	
por María Luz Morán y Jorge Benedicto .....	19
La política en su contexto social .....	19
La sociología política como campo de estudio multidisciplinar .....	21
La multidimensionalidad de la relación sociedad-política .....	28
Esquema del libro .....	30
Resumen .....	32
Lecturas complementarias .....	32
<b>I. Estado, poder y autoridad</b>	
<b>Capítulo 2. La formación histórica del estado nacional,</b>	
por Ramón Ramos .....	35
El problema de la formación del Estado nacional .....	37
La situación de partida y la constitución del sistema europeo de estados soberanos....	40
El sistema europeo de estados .....	42
La revolución militar y los estados .....	44
Límites de la revolución militar .....	47
Efectos de la revolución militar .....	47
Los dineros de la guerra .....	50
Techos fiscales del Estado .....	51
Capitalización y coerción intensivas .....	53
El Estado, la ciudad y la corte .....	56
Las ciudades europeas .....	59
Las cortes principescas .....	62
De vuelta al problema de Weber .....	64
Resumen .....	66
Lecturas complementarias .....	67
<b>Capítulo 3. La distribución del poder en las sociedades avanzadas,</b>	
por María Luz Morán .....	69
La distribución del poder y los sistemas políticos democráticos: el pluralismo .....	70
Capitalismo, democracia y sistema político .....	74
Modernización, desarrollo y participación política .....	75
El consenso político como base del equilibrio social .....	77
La renovación en el seno del pluralismo .....	79
El Estado en la sociedad capitalista: la perspectiva de clase .....	82
Poder político y Estado capitalista .....	85
Clases, reformismo y socialdemocracia .....	93
El sistema político como organización .....	94
La sociedad industrial, la democracia y el Estado .....	97
El campo de estudio de las teorías de la organización .....	100
El neoinstitucionalismo: una nueva propuesta de síntesis .....	102
A modo de conclusión .....	104
Resumen .....	107
Lecturas complementarias .....	108

#### **Capítulo 4. Nación y nacionalismo: la politización de la identidad colectiva,**

por Alfonso Pérez-Agote .....	109
Dificultades para la conceptualización .....	109
El supuesto básico .....	114
El eje analítico .....	115
El eje histórico .....	118
Los elementos cognitivos de la pertenencia a la nación .....	122
El carácter político y no político de la nación .....	124
El carácter esencialista de la conciencia de pertenencia a la nación .....	126
La nación como definición de una realidad colectiva y su plausibilidad .....	128
La cambiante relación entre nación y etnia .....	133
Resumen .....	137
Lecturas complementarias .....	137

#### **II. Sistema político y estructura social**

<b>Capítulo 5. Democracia y sociedad industrial,</b> por Ludolfo Paramio .....	141
Democracia y mercado: un paralelismo histórico .....	141
De los derechos liberales a los derechos sociales .....	144
Inclusión política y legitimidad .....	148
Democracia, crecimiento y crisis .....	154
Resumen .....	159
Lecturas complementarias.....	160

#### **Capítulo 6. Las nuevas e inciertas bases sociales de la política,** por Susana Aguilar....

La evolución de las líneas de división social .....	163
Los conflictos territoriales y religiosos en la revolución nacional .....	164
Los conflictos funcionales y materiales en la revolución industrial .....	165
Clase social y comportamiento político: principales líneas de análisis .....	168
Consenso partidista y economía keynesiana .....	171
La teoría del aburguesamiento de la clase trabajadora .....	171
La sustitución del partido de clase por el partido de masas .....	173
Los factores partidistas y psicológicos en el comportamiento político .....	176
Los factores sociales no clasistas en las democracias consociacionales .....	179
El resurgimiento del conflicto político: el fenómeno de la nueva política .....	182
El debate inacabado sobre las bases sociales de la política .....	184
Resumen .....	186
Lecturas complementarias .....	187

#### **Capítulo 7. Estado de bienestar y capitalismo avanzado,** por Lorenzo Cachón.....

El proceso deformación histórica del Estado de bienestar .....	192
Del Estado liberal clásico al Estado de bienestar .....	192
Ensayo de periodización .....	200
El Estado de bienestar tras la Segunda Guerra Mundial.....	203
Fundamentos del Estado de bienestar keynesiano .....	203
Áreas de intervención del Estado de bienestar keynesiano .....	209
Tres décadas de estudios sobre el Estado de bienestar .....	210
El estudio del Estado de bienestar .....	210
Tipologías de los estados de bienestar keynesianos .....	211
El Estado de bienestar ante la crisis: perspectivas de los estados de bienestar en las sociedades capitalistas contemporáneas .....	216
Los análisis de la crisis del Estado de bienestar .....	217
La reformulación de los estados de bienestar en el capitalismo en crisis .....	219

Resumen .....	222
Lecturas complementarias .....	222
<b>III. Ciudadanos y acción política</b>	
<b>Capítulo 8. La construcción de los universos políticos de los ciudadanos,</b>	
por Jorge Benedicto .....	227
La inserción en el ámbito de lo político .....	229
Los procesos de socialización política: elementos y características .....	236
Los contenidos de la socialización política .....	236
Etapas y ritmos .....	241
Ámbitos, instancias y agentes .....	243
Las dimensiones culturales de la vida política .....	246
Cultura política y democracia .....	250
Factores culturales y cambio sociopolítico .....	255
Espacio público y ciudadanía .....	257
Comunicación política y opinión pública .....	258
La “mediatización” de la vida política .....	264
Resumen .....	266
Lecturas complementarias .....	267
<b>Capítulo 9. Intereses, organización y acción colectiva,</b>	
por José Manuel Rivera .....	269
La construcción de intereses y preferencias en el ámbito de la política .....	270
Críticas a la noción de preferencias prepolíticas .....	271
Organización y acción colectiva: los movimientos sociales .....	274
Los planteamientos del comportamiento colectivo .....	275
El modelo de la privación relativa .....	276
El paradigma de la movilización de recursos .....	278
El enfoque de los nuevos movimientos sociales .....	283
Organización y acción colectiva: los grupos de interés .....	287
El pluralismo .....	287
El neocorporativismo .....	289
La elección racional .....	290
Organización y acción colectiva: los partidos políticos .....	291
Resumen .....	291
Lecturas complementarias .....	297
<b>Capítulo 10. Participación política: lo individual y lo colectivo en el juego democrático,</b>	
por Marisa Revilla .....	299
Perspectivas teóricas de análisis de la participación política .....	301
La evolución de la participación política como objeto de estudio .....	301
La definición de la participación política .....	307
Las distintas formas de la participación: la variable de la institucionalización .....	308
Representación y participación en los sistemas democráticos .....	310
Los factores y condicionamientos de la participación política .....	312
Los orígenes sociales de la desigualdad participativa .....	312
Recursos sociopolíticos y motivaciones individuales .....	313
La participación política desde una perspectiva de género .....	315
El juego democrático de la participación .....	317
Resumen .....	321
Lecturas complementarias .....	322

#### **IV. Cambio social y cambio político**

<b>Capítulo 11. Modernización y cambio sociopolítico</b> , por Enrique Gil Calvo .....	327
El concepto de modernización .....	328
Problemas metodológicos .....	332
El sentido de la modernización .....	333
El control del cambio modernizador .....	337
El origen de la modernización .....	339
La revolución europea: los estados y el mercado .....	341
El sistema de estados .....	343
El desarrollo del mercado .....	347
Centralización, conversión civil y mundialización .....	353
La reconversión cívica de los estados .....	354
La mundialización de la economía .....	356
Los efectos de la modernización .....	359
Consecuencias sociales .....	360
Consecuencias políticas .....	363
Resumen .....	367
Lecturas complementarias .....	368
<b>Capítulo 12. Revoluciones y transiciones a la democracia: dos formas de cambio político</b> , por Carmen González Enríquez .....	369
Revoluciones sociopolíticas .....	370
Marxismo y revolución .....	371
Expectativas, actitudes y revoluciones .....	374
El análisis sociohistórico y de la modernización .....	375
La revolución racional .....	380
La revolución en el Tercer Mundo .....	382
Transiciones a la democracia. Perspectivas de análisis .....	384
El umbral socioeconómico de la democratización .....	386
La perspectiva estratégica .....	391
Resumen .....	396
Lecturas complementarias .....	397
<b>Bibliografía</b> .....	399
<b>Índice onomástico</b> .....	431

---

## **CAPÍTULO 8.**

# **LA CONSTRUCCIÓN DE LOS UNIVERSOS POLÍTICOS DE LOS CIUDADANOS**

Jorge Benedicto

Una de las afirmaciones que suele suscitar mayor unanimidad entre los especialistas es la referida al escaso interés que las cuestiones políticas provocan entre la mayoría de los ciudadanos de nuestras sociedades contemporáneas. A pesar de la importancia y trascendencia que desde muy diferentes ámbitos, especialmente los medios de comunicación, se le suele conceder a todo lo relacionado con la actividad política, el hecho cierto es que para el ciudadano medio lo político ocupa un lugar bastante periférico o secundario dentro de su estructura de intereses. Si alguna vez fue cierta la impresión de Tocqueville cuando afirmaba, respecto a los primeros momentos de la democracia norteamericana, que “gobernar la sociedad y hablar de cómo hacerlo es el asunto más importante y por así decirlo el único placer de los americanos” (Tocqueville, 1985, p. 229), en las sociedades contemporáneas el panorama que aparece ante nuestros ojos es más bien el contrario. Pero, independientemente de cuál sea el grado de interés e importancia que en la actualidad las cuestiones políticas tengan para la mayoría de la gente, en cualquier sociedad los individuos mantienen múltiples y variadas relaciones con la esfera de lo político. Bien sea como rutinario votante que acude periódicamente a cumplir con su obligación electoral, como participante activo en una organización política o como mero súbdito de las disposiciones administrativas que emanan de los distintos órganos del poder estatal, en todos los casos los sujetos establecen relaciones, adoptan posiciones de uno u otro signo y llevan a cabo acciones que constituyen un componente imprescindible para el funcionamiento del sistema político en cualquier sociedad.

Analizar en profundidad las características, elementos y factores que influyen en la acción política de los sujetos es siempre una tarea compleja dado su carácter multidimensional y multideterminado, tal y como iremos viendo en éste y en los próximos capítulos. Pero en todos los casos la propia posibilidad de la acción política se sustenta sobre un conjunto de creencias, normas, valores y percepciones de los individuos hacia la política, es decir, un conjunto interrelacionado de disposiciones básicas que constituye la matriz fundamental a partir de la cual los sujetos perciben y reaccionan ante los estímulos políticos, construyen sus preferencias políticas y eventualmente se implican en actividades políticas. Precisamente lo que aquí nos interesa es indagar en cómo se forman y configuran esos conjuntos de disposiciones básicas, lo que hemos denominado los universos políticos de los individuos.

Pues bien, la construcción de estas matrices básicas con que los individuos se enfrentan al mundo de la política tiene lugar mediante una serie de procesos sociales de carácter colectivo en los que los individuos participan necesariamente como consecuencia de sus pertenencias sociales y de las pautas de interacción social que mantienen con otros individuos y con el entorno que les rodea. A través del proceso de socialización, la adquisición de una determinada cultura política o la inserción en el espacio de la comunicación política y la opinión pública, el individuo va conformando sus creencias básicas sobre la sociedad y la política, va acumulando información y conocimientos y, en fin, va desarrollando sus predisposiciones ante los distintos temas y hechos que configuran la realidad política. La trascendencia que estos procesos sociales tienen para la formación de los universos políticos de los individuos no debe, sin embargo, interpretarse de una manera “determinista”, como si el individuo estuviera determinado totalmente por el conjunto de influencias sociales que recibe, por cuanto no pueden olvidarse otras variables o factores que son también de indudable importancia, como la personalidad y la experiencia individual (Rush, 1992). Una concepción bastante más cercana a la realidad sería aquella que resaltara su carácter probabilístico, esto es, la capacidad de estos procesos sociales para configurar los límites imprecisos, los campos de posibilidades dentro de los que los sujetos se plantearán sus relaciones con el ámbito político.

El objetivo de este capítulo será, por tanto, describir y analizar el entramado de mecanismos y procesos sociales a través de los cuales los individuos van configurando sus universos políticos, con el propósito, en último término, de comprender mejor los fundamentos sobre los que se sustentan sus preferencias y acciones políticas. Pero antes de entrar en más detalles es conveniente realizar una serie de precisiones. En primer lugar, los fenómenos a los que vamos a referirnos están profundamente interrelacionados entre sí, de tal forma que en muchas ocasiones las distinciones que se realicen entre unos y otros tendrán un carácter más analítico que real

(resulta muy difícil en la práctica, por ejemplo, separar socialización y comunicación si se piensa en la naturaleza comunicativa que poseen la mayor parte de los procesos de socialización, especialmente en las actuales sociedades mediáticas). En segundo lugar, estos procesos sociales deben ser vistos siempre en términos dinámicos ya que actúan de manera continua a lo largo de toda la vida de los individuos. En tercer lugar, se trata de fenómenos de naturaleza colectiva que tienen una incidencia directa y específica sobre cada uno de los individuos, con lo cual en todo momento será preciso manejar de manera complementaria las perspectivas “macro” y “micro”. Por último, el contexto sociopolítico en el que tienen lugar estos procesos sociales constituye un elemento clave para comprender sus propiedades, efectos y consecuencias; el tipo de colectividad social, los rasgos culturales más sobresalientes o las características del sistema político resultan factores decisivos para establecer en cada momento histórico la dinámica socializadora predominante o el modo en que se lleva a cabo la internalización de una determinada cultura política, por citar sólo dos cuestiones relevantes.

Una consecuencia directa de esta determinación contextual de los diferentes procesos sociales de los que nos ocuparemos es la dificultad, o en términos más precisos, la inutilidad analítica de realizar teorizaciones genéricas, ahistóricas, que traten de ser válidas para todas o casi todas las sociedades<sup>1</sup>. En este sentido, lo que a continuación se expondrá debe entenderse referido primordialmente a las contemporáneas sociedades industriales avanzadas con sistemas políticos democráticos. Y ello es así no sólo por el interés que siempre reviste nuestra actualidad más inmediata sino principalmente por el hecho de que en la propia noción de democracia los individuos ocupan una posición central como consecuencia de su conversión en ciudadanos formalmente iguales entre sí y poseedores de derechos civiles, políticos y sociales. Según el ya clásico argumento de Marshall (1992), la concepción moderna de ciudadano –fruto de un largo proceso histórico que abarca cuando menos los tres últimos siglos– se levanta sobre la confluencia del principio de la igualdad básica entre los hombres y la consideración del individuo como miembro pleno de una colectividad determinada, expresada mediante el reconocimiento de una serie de derechos fundamentales. Cabe, así, mantener que en cuanto “ciudadano, el individuo es la unidad componente de la democracia” (Giner, 1986, p. 16).

Pero esta concepción formal del principio de ciudadanía no debe, sin embargo, llevarnos a una visión idealista y alejada de la realidad imperante en nuestras sociedades industriales avanzadas. Unas sociedades en las que la democracia cada vez más deriva en un espectáculo donde los ciudadanos en vez de ser actores privilegiados del mismo se ven empujados a convertirse en espectadores pasivos y consumidores de mensajes (Gaxie, 1978). La tendencia a circunscribir la relación ciudadano-política casi exclusivamente a los procesos electorales, mientras que el resto del tiempo este ámbito queda reservado a la actuación de los “profesionales de la política” (Macpherson, 1991), junto al evidente proceso de desvalorización de lo público al que asistimos con el consiguiente repliegue de los intereses individuales hacia el exclusivo ámbito de su privacidad (Sennett, 1978; Béjar, 1988) hacen que en las democracias contemporáneas los ciudadanos abandonen cada vez más a menudo su posición de sujetos de derechos, activamente ejercidos y reivindicados, sustituyéndola por la de súbditos que cumplen normas y disposiciones de los órganos de poder político.

Precisamente en la tensión o dialéctica entre la realidad social de la ciudadanía y las posibilidades, formales que ofrece el régimen democrático trataremos de situar nuestra reflexión sobre la construcción de los universos políticos de los ciudadanos.

## **La inserción en el ámbito de lo político**

Toda sociedad necesita, para persistir a lo largo del tiempo, transmitir a sus nuevas generaciones el conjunto de normas, valores, creencias, etc. que constituyen la base distintiva y específica de su cultura; pero, al mismo tiempo, el individuo tiene que aprender e interiorizar esta cultura para de esta manera incorporar el componente social que resulta imprescindible para un completo desarrollo de su personalidad, convirtiéndose de esta manera en “socio” del grupo, en miembro de la sociedad. Ambos hechos, por muy distintos que parezcan, no son más que dos caras de un mismo fenómeno, aquel que en las ciencias sociales en general y en la sociología en particular conocemos como *socialización*. Un fenómeno clave tanto para la sociedad que, de esta forma, busca asegurar su cohesión a través de la conformidad y adaptación de sus miembros a las normas del grupo

---

<sup>1</sup> Incluso en aquellos casos en los que este intento se ha realizado de manera más sistemática, como ocurre por ejemplo con el modelo general de socialización política diseñado por D. Easton y R. Dennis al que más adelante nos referiremos, los resultados no son satisfactorios en cuanto se predicen como universales características propias y específicas del sistema social y político que se está analizando.

como para el individuo que en la socialización adquiere los recursos necesarios para desarrollar su “yo” y llegar a formar parte del grupo (Iglesias de Ussel, 1988).

La socialización, por tanto, sería aquel proceso que se inicia en la niñez pero que se desarrolla a lo largo de toda la vida, mediante el cual el individuo aprende –en la interacción con los otros y con su entorno– las normas culturales, los valores fundamentales, los códigos simbólicos del grupo al que pertenece y les da forma, los estructura –también en un ámbito de interacción social– para construir así su propio sistema de representaciones e imágenes de lo social que constituirán el componente básico de su identidad social y uno de los determinantes fundamentales de sus pautas de comportamiento. Se trata, en suma, de un proceso de aprendizaje en el que es preciso integrar tanto la perspectiva de la reproducción social, de la transmisión de unas generaciones a otras de una serie de patrones culturales, como la perspectiva de la creación por parte de los individuos de identidades sociales, de la adquisición de creencias, valores, símbolos (en el sentido de organización y estructuración de lo aprendido). Privilegiar una u otra perspectiva, en detrimento de la complementaria, sólo nos llevará a una visión sesgada e incompleta del proceso de socialización, pudiendo desembocar en el primer caso en una concepción “supersocializada” del individuo en la que éste se encuentra completamente sometido a la sociedad y en el segundo caso en una concepción “psicologista” en la que el proceso de aprendizaje termina perdiendo su referente colectivo para convertirse en una cuestión de psicología individual fundamentalmente.

Una vez aclarados algunos extremos fundamentales sobre la naturaleza y funciones de la socialización, cabe preguntarse qué lugar le corresponde en todo este esquema a la socialización propiamente política, o, de manera más directa, la pregunta a hacerse es: ¿existe una socialización política específica? La respuesta, sin duda, no es nada fácil por cuanto reenvía a largos debates sobre la posición de lo político dentro del sistema social, el grado de autonomía que poseen los fenómenos políticos, etc. Sin entrar en estos temas, que rebasan con mucho el objetivo de esta reflexión, algunos autores tratan de solucionar el problema propuesto afirmando que la socialización política se lleva a cabo en un segundo momento de la vida del individuo, cuando éste ya ha experimentado una primera socialización o “socialización de base”. Solamente a partir de que el niño haya internalizado una determinada cultura y se haya convertido en miembro del grupo, de la sociedad, estaría en disposición de enfrentarse a los hechos de naturaleza política, podría conocerlos, juzgarlos y orientarse ante ellos. De esta manera, estaríamos frente a dos fenómenos sucesivos en el tiempo, pero de distinta naturaleza (Pye, 1962).

Si bien a primera vista esta posición parece bastante plausible, cuando se analiza en detalle presenta evidentes insuficiencias. Aunque analíticamente sea posible –y así lo haremos– distinguir dimensiones propias y específicas de la socialización política, se trata de fenómenos difícilmente distinguibles desde un punto de vista teórico y práctico: los principios de funcionamiento en que se basan son similares, también los mecanismos a través de los que actúan y los factores que influyen en su desarrollo. Pero no es sólo un problema de índole teórica sino que además no tiene en cuenta dos hechos de gran importancia cuando se piensa en la socialización política. Por una parte, lo político no constituye un orden de fenómenos que aparece de pronto en un momento determinado de la biografía, sino que siempre está presente en la vida del individuo: incluso hechos que a primera vista no lo parecen tienen una honda significación política, que el niño va integrando en su sistema de representaciones sobre la sociedad y el poder. Por otra parte, en la mayoría de las ocasiones, el aprendizaje político no se lleva a cabo de manera explícita y deliberada.

Teniendo en cuenta estas consideraciones parece mucho más apropiado pensar en la socialización política como un aspecto de un fenómeno más general, el proceso de socialización en el que se encuentran inmersas todas las personas. Al mismo tiempo que el individuo asimila una cultura determinada y se hace miembro de un grupo está también socializándose políticamente; aprende los valores sociopolíticos fundamentales, desarrolla vínculos de identificación con los símbolos políticos de la colectividad, adquiere una cierta comprensión de los significados políticos más habituales, se hace partícipe de una memoria histórica, unas tradiciones, etc.

La socialización política abarcaría, pues, aquella dimensión del proceso socializador que tiene que ver de una manera más explícita y concreta con las cuestiones que conforman el ámbito de lo político. En cierto sentido y con todas las cautelas necesarias, podemos decir que se trata de una cuestión relacionada con el punto de vista que adopta el observador; cuando hablamos de socialización política estaríamos sin más privilegiando todo lo relacionado con las cuestiones políticas. “En un sentido muy amplio, se podría avanzar que la socialización es “política” cada vez que consigue explicar, en una proporción variable, el desarrollo de ciertas actitudes, la



génesis de determinados comportamientos, la predisposición para desempeñar tal o cual rol político” (Percheron, 1974, p. 7), De acuerdo con esta perspectiva resulta, por tanto, evidente que la socialización política se desarrolla de manera paralela e interconectada con el resto de dominios en los que se lleva a cabo el aprendizaje social, siguiendo unos procesos similares y de acuerdo con los mismos mecanismos básicos, lo cual nos debe llevar a estudiarla siempre dentro de un contexto lo más global posible aunque sin por ello olvidar y reconocer ciertos rasgos singulares, tal y como más adelante veremos. Un buen ejemplo de esta amplitud conceptual nos lo proporciona la siguiente definición de socialización política: “todo tipo de aprendizaje político, formal o informal, deliberado o no, en todos los estadios del ciclo vital, incluyendo no sólo el aprendizaje político explícito sino también el nominalmente no político que afecta, sin embargo, al comportamiento político, como, p. ej., el de las actitudes sociales políticamente relevantes o la adquisición de características de la personalidad que ofrezcan también relevancia política” (Greenstein, 1977, p. 21).

La preocupación intelectual por los fenómenos de socialización política –entendidos en un sentido muy laxo– ha sido una constante en toda la historia del pensamiento político y social. La pregunta sobre cómo se debía formar a los jóvenes para que llegaran a ser “buenos ciudadanos” ha constituido un centro de reflexión fundamental de la filosofía política desde la antigüedad clásica. Sin embargo, como campo de investigación sistemática y sobre todo empírica su historia es bien reciente, ya que sus inicios se sitúan en la segunda mitad de los años cincuenta y su verdadero desarrollo se produce durante la década de los sesenta y principios de los setenta, en la sociología y ciencia política norteamericana de orientación behaviorista<sup>2</sup>. Todo el mundo está de acuerdo en conceder a Herbert Hyman el honor de ser el primero que dota de unos contornos definidos a este nuevo campo de investigación, convirtiéndose en uno de sus principales impulsores a través de la publicación en 1959 de su obra *Political Socialization*, en la que revisaba una gran parte de la literatura psicológica, antropológica y politológica hasta entonces dispersa, reevaluando sus hallazgos y señalando algunas de las líneas futuras por donde debía dirigirse la investigación empírica (Hyman, 1959). Junto a la obra de Hyman, también tendrán gran importancia los estudios llevados a cabo entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta en Chicago bajo la dirección de D. Easton y R. Hess (Hess y Torney, 1967; Easton y Dennis, 1969) y en New Haven impulsados por F. Greenstein (Greenstein, 1965), los cuales suponen el inicio de una tradición investigadora caracterizada por la proliferación de los estudios de niños y adolescentes y por la utilización casi exclusiva de técnicas de encuesta.

En líneas generales esta corriente, que a pesar de las rápidas críticas que se formularon contra sus resultados ha ejercido una enorme influencia sobre toda la investigación posterior, pone un especial énfasis en tratar de averiguar cómo contribuye la socialización política al mantenimiento del orden social en general y en particular las consecuencias que tiene para la persistencia del sistema político. Aunque se analice más o menos en profundidad el proceso de socialización, lo que interesan realmente son sus resultados para el sistema. En consecuencia, parece bastante lógico que los esfuerzos investigadores se hayan centrado en dos grandes áreas. Por una parte, en investigar qué relación existe entre el aprendizaje político durante la infancia y la adolescencia y el comportamiento político adulto, especialmente el comportamiento electoral. El objetivo es encontrar antecedentes causales que permitan comprender mejor los comportamientos de voto y sobre todo la estabilidad de los mismos. Una explicación que se encuentra en la temprana formación entre los niños de lealtades partidistas transmitidas por sus padres, las cuales, además de poseer un alto grado de estabilidad a lo largo de la vida, constituyen el principio básico de estructuración de las actitudes políticas que el sujeto va a ir desarrollando conforme se enfrente a nuevas situaciones y hechos políticos (Campbell *et al.*, 1960). La socialización política constituiría, por tanto, un elemento decisivo para la continuidad intergeneracional y para la estabilidad del sistema político en general.

La segunda área de trabajo de los investigadores norteamericanos será el estudio de la formación y desarrollo en los niños de vínculos de identificación con el sistema político, con sus estructuras, instituciones, normas de funcionamiento, etc.; vínculos que se consideran *a priori* como elementos fundamentales para el ulterior desarrollo de sentimientos de lealtad y legitimidad hacia el sistema y sus autoridades. Entre las distintas investigaciones que se realizan dentro de esta orientación destaca sin lugar a dudas la realizada por D. Easton y R. Dennis (1969), los cuales no tratan de llevar a cabo un estudio específico de socialización política sino, por el contrario, construir una “teoría política” general, un modelo de pretensiones universales que dé cuenta de los mecanismos y procesos a través de los cuales la sociedad consigue que los niños desarrollen y adquieran

---

<sup>2</sup> Sobre los orígenes intelectuales de la investigación empírica en socialización política véase Niemi (1974).

sentimientos positivos respecto a su sistema político o, dicho en la conocida terminología de Easton, le otorguen un apoyo difuso<sup>3</sup>. Según el modelo de Easton y Dennis, la socialización política progresa de acuerdo a un esquema evolutivo sustentado sobre cuatro grandes principios: 1. El niño muy pronto toma conciencia de la existencia del sistema político, especialmente a través de las figuras de autoridad que siente más próximas, personal o simbólicamente (politización); 2. Percibe el sistema simbolizado en estas figuras de autoridad (personalización); 3. Estos personajes son vistos de manera positiva y benevolente (idealización); 4. Conforme el niño madura, la idealización se va viendo sustituida por una comprensión de las distintas instituciones que componen el sistema (institucionalización). La inicial personalización e idealización con que los niños se enfrentan al sistema político constituiría, según Easton y Dennis, una precondition para la formación del posterior apoyo difuso que representa el elemento clave en la persistencia del sistema.

Más allá de las múltiples críticas que se han realizado a estos estudios (Percheron, 1985), lo que ahora interesa es poner de manifiesto la concepción de socialización política que, de forma más o menos explícita, se maneja en todos ellos. Independientemente de que el objetivo sea establecer los mecanismos de formación de las actitudes y comportamientos políticos, o bien formular modelos sobre la adquisición de sentimientos positivos hacia el sistema, en ambos casos el proceso de socialización se concibe como un instrumento o mecanismo que utiliza la sociedad para mantener la estabilidad del sistema político. La socialización política se concibe, pues, únicamente desde la perspectiva del sistema político, de ahí que se privilegien las nociones de reproducción, transmisión, adaptación, etc., mientras que los individuos parecen ser meros receptores de la acción moldeadora de la sociedad a través de sus diferentes agencias. Como ha puesto de manifiesto Renshon (1975), detrás de esta concepción está un modelo de hombre que es como una tabla rasa en la que la sociedad imprime sus marcas desde una edad muy temprana.

Esta forma de entender globalmente la socialización política, que ha constituido el paradigma dominante durante mucho tiempo, repercute también en la forma en que se abordan los tres aspectos fundamentales del proceso de socialización: los contenidos, las etapas y los agentes. En cuanto a los contenidos, se sobreestima el componente de conformidad y adaptación al orden social, dando así lugar a una visión “normalizadora” del proceso de socialización como ajuste a unos patrones hegemónicos. La definición de socialización política que da Hyman deja bien a las claras este extremo: “El aprendizaje, gracias a la mediación de determinados agentes de la sociedad, de los modelos sociales que corresponden al estatus social (del individuo)” (Hyman, 1959, p. 18). En esta visión no hay casi lugar para el conflicto, como tampoco para los grupos, los contextos, etc. Todos los niños aprenden los mismos contenidos, se socializan de la misma manera, como si las diferencias sociales y/o culturales no introdujeran alteraciones decisivas en el proceso de socialización de unos y otros grupos sociales.

Por lo que hace a los tipos o etapas de la socialización política, la atención se concentra casi exclusivamente en la socialización infantil. La importancia que se concede a esta etapa arranca de dos hipótesis fundamentales, que podrían formularse así: lo que se aprende primero se retiene durante más tiempo y además moldea el aprendizaje posterior; es lo que D. Searing ha denominado el principio de primacía y el principio de estructuración (Searing *et al.*, 1973; 1976). En consecuencia, los esfuerzos se concentrarán en investigar cómo se forman en los niños y adolescentes una serie de actitudes –como por ejemplo, las lealtades partidistas– que se consideran predisposiciones básicas para el efectivo desarrollo de los comportamientos políticos adultos, minimizando la importancia que tienen las experiencias políticas directas y las cambiantes demandas del entorno como mecanismos socializadores a lo largo de toda la vida del sujeto. Al mismo tiempo, se tiende a desconocer la dispar posición que lo político ocupa en la vida del niño y en la del adulto.

En cuanto a los agentes, el tercero de los componentes del proceso de socialización, su papel de transmisores de los valores y normas predominantes en la sociedad es destacado por encima de cualquier otro factor de aprendizaje. De acuerdo con la primacía que se concede a la socialización infantil se prestará especial atención a los agentes que ejercen mayor influencia en esa etapa como son los padres y la escuela, resaltando su carácter de instrumentos de reproducción en las nuevas generaciones del orden sociopolítico. En cierto sentido, es como si las viejas generaciones fueran “depositarias de saberes que transmiten intactos a los jóvenes” (Merelman, 1986, p. 307).

Todos los comentarios anteriores han tratado de poner de manifiesto las insuficiencias que encierra una concepción de socialización política formulada desde el prisma casi exclusivo de su capacidad para asegurar la

---

<sup>3</sup> Easton, en otra de sus obras, define el concepto de apoyo difuso como “la convicción por parte del miembro de que le conviene aceptar y obedecer a las autoridades y aceptar los requerimientos del régimen (Easton, 1965, p. 278).

persistencia del sistema político<sup>4</sup>. Una aproximación diferente, más compleja pero al mismo tiempo más realista de las funciones que cumple la socialización política, exige tener en cuenta no sólo la actividad reproductora de la sociedad y su capacidad de moldeamiento del sujeto –tal y como se hacía en las posiciones antes analizadas– sino también el proceso de formación y desarrollo de la identidad social y política que lleva cabo el individuo a través de los mecanismos de socialización. Junto al vector que va desde la sociedad al individuo hay que restablecer la importancia del vector que va desde el individuo a la sociedad. Como ha mostrado Piaget, en el desarrollo del sujeto cabe distinguir la acción complementaria de dos mecanismos: por una parte, *la acomodación* que tiene que ver con la capacidad del niño para adaptarse –modificándose él mismo– a las exigencias del entorno, por otra parte, *la asimilación* mediante la cual el niño trata de modificar su entorno para hacerlo más conforme a sus deseos y necesidades. Pues bien, la socialización política se desarrolla en la intersección entre ambos procesos y es así como el individuo va dando forma a su mundo político, construye su sistema de representaciones e imágenes sobre la realidad sociopolítica que le rodea y adquiere unos determinados valores y creencias.

Para acabar de perfilar este nuevo enfoque hay que referirse inevitablemente a la obra de Annick Percheron (1974, 1978, 1985, 1993). A lo largo de una vasta producción científica dedicada a estos temas, la politóloga francesa ha construido una aproximación muy interesante al fenómeno de la socialización en general y, en concreto, de la socialización política. Percheron entiende la socialización como un proceso de inserción social del individuo en el grupo –no como una mera integración individual en la sociedad– y la socialización política como el proceso de construcción de una de las dimensiones, principales de su identidad social; proceso que siempre se lleva a cabo en el contexto general del desarrollo psicosocial del sujeto y en el contexto proporcionado por el entorno sociocultural en el que se socializa el individuo. A través de la socialización política, el niño va desarrollando una serie de identificaciones con los grupos a los que pertenece, lo que implica la asimilación –generalmente implícita– de los valores grupales, a partir de lo que podrá afirmar su solidaridad, su identidad con los suyos y la diferencia con los otros. Se trataría no sólo de conocer y aceptar los valores básicos de la comunidad sino también de adquirir un lenguaje, un código simbólico que le permita al individuo comunicarse con los suyos y con los otros. Pero Percheron es plenamente consciente de que la socialización no es “una aventura individual”, sino que tiene lugar en un contexto de determinaciones institucionales de carácter público y privado. Desde el primer momento el niño se socializa en un medio social (en una familia, un entorno cultural, una sociedad determinada) y en un sistema político concreto que posee una historia y una lógica cultural, social, económica y política.

La referencia a la argumentación de A. Percheron nos ha permitido completar una nueva concepción de la socialización política que complementa la perspectiva del sistema social y político con la de un sujeto activo que realiza en el curso del proceso socializador una síntesis creadora entre las imágenes –más o menos contrapuestas– que le ofrecen los distintos agentes y sus propios deseos, necesidades, experiencias, etc. A partir de aquí podemos establecer los principales rasgos de una aproximación integral al funcionamiento de la socialización política:

1. La socialización política es siempre un proceso dinámico que tiene lugar a lo largo de toda la vida del individuo, aunque en determinados momentos o etapas posea mayor trascendencia. Las posiciones behavioristas antes descritas han tendido a privilegiar una concepción estática al centrarse excesivamente en el corto plazo, en la transmisión de una serie de actitudes desde los padres a los hijos. Por el contrario, hay que pensar que en cada momento histórico coexisten diferentes generaciones, grupos, tendencias ideológicas, etc., lo cual implica que a lo largo de la biografía de los sujetos se mezclará, en proporciones variables, permanencia y cambio, refuerzo de posiciones anteriores con resocialización en nuevos valores y creencias políticas.

2. La socialización política debe concebirse en términos plurales, como la confluencia de una serie de procesos que se desarrollan muchas veces de manera conflictual. Cuando se habla de socialización, el peligro a evitar es presentarla como la transmisión de un conjunto de valores, creencias, normas de carácter homogéneo, como si la sociedad fuera un ente armónico. Esta perspectiva conflictual es aún más necesaria en sociedades

---

<sup>4</sup> Aunque en este artículo, por cuestiones de espacio, no se desarrolla la concepción marxista de la socialización, su consideración de ésta como medio de inculcación en las nuevas generaciones de la ideología dominante y, en último término, como un instrumento por medio del cual la sociedad tiende a perpetuarse, revela algunos curiosos paralelismos con la concepción de raíz behaviorista descrita en el texto. Para una presentación accesible de la visión marxista de la socialización política véase Cot y Mounier (1978); sobre las similitudes en este campo entre las posiciones marxista y funcionalista véanse los comentarios que se realizan al respecto en Rush (1992).

altamente diferenciadas como las actuales, con múltiples ámbitos de socialización cuyas imágenes de la realidad social frecuentemente son contradictorias entre sí.

3. El aprendizaje político es, en buena medida, informal y latente. Si bien en general “la transmisión informal, difusa y colectiva de la cultura es lo que genera la eficacia del proceso de socialización” (Iglesias de Ussel, 1988, p. 168), en el ámbito político su importancia es aún mayor dado que generalmente los individuos –y sobre todo los niños– tienden a ver las cuestiones políticas como algo alejado y ajeno a sus intereses vitales. De ahí que en el proceso de socialización no quepa referirse únicamente al componente cognitivo sino también, y de manera muy destacada, a la dimensión afectiva y evaluativa.

4. La socialización política es sinónimo de aprendizaje siempre y cuando por tal no entendamos exclusivamente la mera acumulación de información y conocimientos. El elemento crucial del aprendizaje no son los saberes formales que se transmiten sino la organización que se hace de los mismos, el esquema básico en el que se integran y que permite responder a las cambiantes configuraciones del campo político. Por consiguiente, a través de la socialización no se proporciona al individuo un repertorio más o menos cerrado de comportamientos políticos, sino una matriz de predisposiciones básicas que condicionará de manera relativa, a la par que muchos otros factores, su eventual acción política.

5. Cualquier fenómeno de socialización política depende en gran medida del contexto en el que tiene lugar. El individuo va formando su imagen del mundo político en un entorno próximo y distante con unas características sociales, políticas y culturales específicas que introducen unas determinaciones decisivas, no sólo en el desarrollo del propio proceso sino también en los resultados que se obtienen. En este sentido, cuando se hable de socialización política no deben olvidarse los rasgos definitorios de la sociedad en que tiene lugar, la influencia que sobre ella ejercen los procesos políticos predominantes en esa sociedad y sobre todo la relación que en cada caso guarda con el sistema de estratificación social vigente.

## **Los procesos de socialización política: elementos y características**

### ***Los contenidos de la socialización política***

Aunque en la concepción de socialización política que venimos desarrollando se insiste en considerarla como un aspecto más del fenómeno general que constituye la socialización de los individuos, hay que reconocer que posee ciertas singularidades y rasgos específicos, derivados en buena medida de la peculiar naturaleza que posee lo político y de la relación también peculiar que los individuos mantienen a lo largo de su vida con este dominio de la vida social. Entre los diferentes aspectos o contenidos en los que el aprendizaje político cobra una especial importancia querríamos detenernos especialmente en tres de ellos, en la medida en que constituyen tres dimensiones fundamentales para la construcción de los universos políticos de los ciudadanos y al tiempo tres dimensiones básicas para el propio funcionamiento del sistema político. Estos contenidos de la socialización política a los que nos referiremos a continuación son: el desarrollo de procesos de identificación con el sistema político, la formación de las preferencias político-ideológicas y las percepciones sobre la actividad política.

La formación y desarrollo de sentimientos de *identificación con el sistema político* es uno de los temas en los que, como veíamos anteriormente, se centraron inicialmente las preocupaciones de los especialistas. Y ello se explica principalmente por dos razones. Por una parte, la importancia que para la persistencia del sistema político, y en general para el mantenimiento del orden sociopolítico de cualquier sociedad, tiene el que sus miembros se sientan identificados con el mismo; por otra parte, el hecho de que las primeras investigaciones cuantitativas lograran reunir indicios bastante contundentes y reiterativos sobre la presencia en los niños, desde edades tempranas, de vínculos de naturaleza fundamentalmente afectiva con los distintos símbolos del sistema político.

Según los resultados obtenidos en las investigaciones ya citadas de Greenstein, Easton, Hess y sus colaboradores (llevadas a cabo en zonas muy concretas de Estados Unidos entre finales de los 50 y principios de los 60), los niños, desde bastante pequeños, adquieren sentimientos positivos hacia el sistema o, mejor dicho, hacia algunos de sus símbolos más sobresalientes, fundamentalmente a través de las figuras de autoridad externa –en contraposición a la autoridad interna representada por los padres– que encuentran más próximas y que personalizan en los individuos concretos que en esos momentos las desempeñan, como son el policía y el presidente. El niño, por tanto, entra en contacto con la actividad política institucional, por medio de sus líderes más sobresalientes que –según las investigaciones mencionadas– además tienden a ser vistos de manera muy

favorable y positiva, especialmente el presidente, el cual es concebido por la mayoría de los niños estadounidenses entrevistados como un “líder benevolente” (Greenstein, 1960). Conforme el niño crece y madura su percepción se va haciendo más institucional, menos personalizada, a la par que decrece la idealización, habiéndose comprobado incluso que aumentan las evaluaciones negativas cuando el joven empieza a introducir evaluaciones partidistas y/o ideológicas (Sears, 1975).

La hipótesis subyacente en toda esta argumentación es que el aprendizaje político progresa, según una secuencia bien definida, desde los aspectos más simples a los más complejos, desde lo personal a lo abstracto o colectivo, desde el plano afectivo al cognitivo. En consecuencia, las propias limitaciones cognitivas y las necesidades evolutivas de los niños serían las razones últimas que explicarían los procesos de personalización e idealización, a través de los cuales las nuevas generaciones van construyendo sus identificaciones con el sistema político. Esta hipótesis evolutiva, y la propia existencia de una lógica oculta que gobierne la socialización política, ha recibido múltiples críticas por su inadecuación a los hallazgos de la psicología evolutiva<sup>5</sup>, pero las principales críticas vienen dadas por el hecho de que en su formulación no se tienen en cuenta las limitaciones de las investigaciones que están en su origen. En efecto, todos los estudios a los que nos estamos refiriendo se realizan en una época muy concreta de la historia norteamericana –final de la presidencia de Eisenhower e inicio de la era Kennedy– y se limitan a entrevistar a niños blancos, urbanos y de clase media, lo que posiblemente haya ayudado a sobrestimar las visiones positivas e idealizadas de la autoridad política. Tanto el momento histórico como, sobre todo, el contexto sociocultural y de experiencias en que se desarrolla la vida de los sujetos constituyen elementos clave en el proceso de formación de sus identificaciones con el sistema político. Así, por ejemplo, siguiendo con el caso norteamericano, se ha comprobado reiteradamente que los sentimientos de las minorías étnicas y raciales hacia la presidencia y otras instituciones del sistema político son mucho más negativos que los de la población blanca acomodada; en la misma perspectiva es lógico pensar que la imagen de la autoridad política que se formen los niños, a través de sus experiencias con la labor de la policía, será muy distinta en los barrios de clase alta y en los guetos pobres con grandes problemas de orden público (delincuencia, consumo de drogas, etc.).

De todo esto cabe deducir que la identificación con el sistema político, en cuanto contenido básico del proceso socializador, se desarrolla de acuerdo con parámetros diferentes en función de múltiples factores como pueden ser el tipo de cultura política predominante, las características del régimen, la historia y las tradiciones culturales, etc. Si hubiera que establecer, no obstante, un rasgo común a todos ellos éste sería la trascendencia que tiene la identificación con los niveles más genéricos del sistema político. Echando mano de la conocida distinción de Easton entre comunidad política, régimen y autoridades, podemos decir que la socialización política resulta fundamental en los dos primeros niveles –tanto para el individuo como para el sistema–, mientras el último posee un carácter más instrumental (agentes de aprendizaje de las estructuras de autoridad que representan). El niño, desde bien pronto, aprende a reconocer la colectividad política-nacional a la que pertenece a través de sus símbolos más visibles (la bandera, el himno), lo cual no será más que el inicio de un largo proceso a través del que irá tomando forma su identidad nacional. Asimismo, progresivamente irá adquiriendo las creencias y conocimientos básicos sobre las normas, las instituciones y las reglas del juego características del sistema político en el que vive. La importancia de ambos contenidos se observa claramente en la dificultad que siempre reviste la reformulación de los vínculos identificatorios cuando se forman nuevas comunidades políticas o cambian los regímenes (Linz, 1987),

El segundo de los contenidos de la socialización que merece una especial atención es la *formación de las preferencias político-ideológicas*. El ciudadano no sólo se identifica con los aspectos más genéricos y simbólicos del sistema político, sino que también desarrolla unas determinadas preferencias políticas, opta por unas posiciones frente a otras, adquiere unos valores de naturaleza ideológica que actuarán como punto de referencia a la hora de ir desarrollando distintas actitudes y opiniones sobre las diversas cuestiones que en cada momento conforman la realidad política. Una buena parte de los especialistas han interpretado la formación y desarrollo en los individuos de sistemas de valores ideológicos como una consecuencia directa de la transmisión de unas generaciones a otras de determinadas preferencias partidistas, que revisten principalmente la forma de vinculaciones afectivas con un partido político. Es lo que se conoce con el término de identificación partidista.

---

<sup>5</sup> Así, por ejemplo, Piaget sostiene que el desarrollo del niño tiene lugar en un constante proceso de síntesis entre los esquemas globales y los detalles, entre el todo y la parte, sin que quepa establecer una secuencia definida que progrese desde lo simple a lo complejo, tal y como implícitamente se defiende en los estudios mencionados.

El concepto de identificación partidista tiene su origen en los estudios electorales que empiezan a proliferar en Estados Unidos en los años cincuenta (Berelson *et al.*, 1954; Campbell *et al.* 1954, 1960). Los resultados de estos estudios van a llevar a sus autores a afirmar que la verdadera razón de la estabilidad y continuidad característica del sistema político norteamericano hay que encontrarla en las lealtades o sentimientos de vinculación profunda que gran parte de los ciudadanos manifiesta respecto a un partido político concreto. Estas identificaciones partidistas desempeñarían importantes funciones: contribuyendo a la formación de las opiniones políticas de los ciudadanos, influyendo en sus comportamientos electorales, ampliando la implicación psicológica de los ciudadanos en la política y favoreciendo la estabilidad del sistema político-electoral (Abramson, 1987).

Por lo que atañe a la socialización política, el interés de la identificación partidista reside –según la argumentación original– en tres aspectos fundamentales: *a)* se trata de una actitud política, adquirida tempranamente, que se transmite en un alto grado desde padres a hijos; *b)* se muestra bastante estable a lo largo de toda la vida del individuo y *c)* constituye el elemento principal de organización de las actitudes políticas y el punto de anclaje de los valores ideológicos. Las numerosas investigaciones que se han sucedido en este campo han terminado por poner en entredicho el verdadero alcance de estas características, especialmente en lo concerniente al grado de estabilidad y a su capacidad de estructurar las actitudes y posiciones políticas más específicas; por lo que hace al principio de la transmisión paterna, aunque las evidencias empíricas han demostrado que está muy lejos de ser perfecta, parece ser mucho más intensa que en cualquier otra actitud política básica (Jennings y Niemi, 1981; 1991).

Pero más allá de las controversias que en torno a estos puntos se han generado, será la comparación internacional –sobre todo el contraste entre el caso estadounidense y los de Europa continental– la que permita poner de manifiesto las limitaciones de la idea original de identificación partidista y la importancia decisiva que en todo este tema tiene el contexto cultural-institucional (Budge, Crewe y Farlie, 1976). La posición que los partidos ocupan en la vida política, el contenido ideológico de los mismos, la naturaleza del sistema de partidos o su estabilidad constituyen factores de primer orden a la hora de explicar la diferente importancia y trascendencia que las lealtades partidistas tienen en unas y otras sociedades. Mientras en unos casos –como por ejemplo Estados Unidos– la transmisión de las posiciones político-ideológicas de unas generaciones a otras se vehicularía principalmente a través de las identificaciones con los partidos, en otros casos –como por ejemplo Francia– esta transmisión se canalizaría principalmente por medio de la adquisición de una orientación ideológica determinada (izquierda *vs.* derecha), de la identificación con un conjunto de valores ideológicos representados por una determinada “familia política” (Percheron y Jennings, 1981; Westholm y Niemi, 1992)<sup>6</sup>.

En último término, el verdadero problema en el terreno de la socialización política es evaluar la capacidad de las lealtades hacia un partido para desarrollar en las nuevas generaciones sistemas de valores que, en alguna medida, estructuren sus actitudes y comportamientos políticos posteriores. Hay que pensar que en múltiples ocasiones –especialmente entre los más jóvenes– la manifestación de preferencia por un partido suele estar desprovista de cualquier tipo de connotación ideológica, parece más bien que se trataría de un medio de afirmar la pertenencia a un grupo, a un entorno concreto. En este sentido, resulta evidente que cuando hablemos de la formación de las preferencias políticas de los individuos como contenido que se transmite en el proceso socializador es preciso superar el estrecho confín de las identificaciones partidistas y referirse al más amplio campo de las identificaciones ideológicas, lo cual implica conocer los universos culturales, los conjuntos de valores y normas sociopolíticas en los que los niños y jóvenes se socializan, así como las características de los contextos familiares y comunitarios a través de los que se produce –dependiendo en buena medida de su respectivo grado de homogeneidad interna– la transmisión intergeneracional<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> En el caso español, aunque no se dispone de estudios sistemáticos sobre este punto, la comprobada debilidad de las identificaciones partidistas (Castillo, 1990), las características e inestabilidad del sistema de partidos y la importancia que las posiciones ideológicas tienen en los comportamientos políticos de los españoles (Gunther, Sani y Shabad, 1986) permiten aventurar que –por lo menos, hasta ahora– la transmisión intergeneracional actúa preferentemente en el plano de los valores y las orientaciones ideológicas y mucho menos en el de las lealtades hacia partidos concretos.

<sup>7</sup> A este respecto es interesante recordar la hipótesis formulada, para el caso español, por J. M. Maravall sobre la pervivencia de una cierta memoria histórica entre determinados sectores de la sociedad española, que explicaría las sorprendentes continuidades políticas que se observan antes y después de la dictadura franquista: “tal vez la explicación más satisfactoria sería que la lealtad hacia la izquierda o hacia la derecha en general (más que el apoyo partidista) sobrevivió a

El último de los aspectos seleccionados en los que el aprendizaje político cobra una especial relevancia es el que denominaremos *percepciones sobre la actividad política*. La socialización política, aparte de contribuir a desarrollar la dimensión política de las identidades sociales de los ciudadanos, también proporciona a éstos los materiales sobre los que se asientan las creencias y conocimientos relativos al funcionamiento del sistema político. A través de las diferentes instancias de socialización los niños, pero también los adultos, van adquiriendo los saberes relativos a las reglas y normas de funcionamiento del sistema, a la posición que dentro del mismo ocupan los distintos objetos políticos. Estos contenidos poseen un carácter predominantemente cognitivo por cuanto se trata de saberes formales transmitidos la mayor parte de las veces de manera verbal por los distintos agentes, sobre todo el sistema educativo. Pero al mismo tiempo, el individuo también adquiere una serie de “conocimientos difusos” sobre la actividad política producto de las experiencias de socialización (Percheron, 1985). El continuo contraste entre los saberes formales e informales, entre los modelos transmitidos y las experiencias vividas, dará como resultado una peculiar forma de percibir los fenómenos políticos y de reaccionar ante ellos. La socialización política, por tanto, está en el origen de la formación y desarrollo de la competencia política de los ciudadanos, de su capacidad de entender y dominar el entorno político en el que está situado.

### ***Etapas y ritmos***

Hasta ahora hemos venido refiriéndonos principalmente a la socialización que tiene lugar en los años anteriores a la vida adulta: cómo los niños y los adolescentes adquieren determinados valores, aprenden ciertas normas, desarrollan vínculos afectivos hacia el sistema político y hacia sus distintos componentes. En general, además, se tiende a identificar la socialización con una serie de procesos que se desenvuelven preferentemente durante esta etapa de la vida de los individuos. Aunque se reconozca que la persona se socializa a lo largo de todo su ciclo vital, se destaca el carácter decisivo de lo que conocemos como socialización primaria. Durante la niñez se produciría la internalización del mundo social que sirve de base para la ulterior internalización de “submundos específicos” durante la socialización secundaria que se desarrolla ya en la edad adulta.

En el caso concreto de la socialización política esta distinción se hace bastante más complicada. Por una parte, como ya argumentábamos anteriormente no cabe entenderla como un tipo específico de socialización secundaria (el individuo desde pequeño aprende políticamente) pero, por otra parte, el verdadero contacto del ciudadano con el ámbito de la actividad política –por lo menos en su dimensión más institucional– no suele producirse hasta los primeros años de la vida adulta. En base a estas consideraciones, lo más adecuado, cuando se habla de socialización política, resulta aplicar una perspectiva centrada en el aprendizaje que se produce a lo largo de toda la vida, analizando las singularidades y ritmos que caracterizan cada etapa o estadio, así como las continuidades o discontinuidades que se dan entre ellas.

Durante la niñez y la adolescencia, el aprendizaje político se centra en la adquisición de las grandes orientaciones, muchas veces de carácter afectivo, que definen las coordenadas en torno a las cuales se va a ir construyendo el universo político de los individuos. Es el momento en que se forman las actitudes básicas de naturaleza simbólica. Aunque en cualquier estadio del ciclo vital se puede reconocer la actuación de múltiples instancias de socialización, en estas edades tempranas la familia y la escuela son las que gozan de mayor trascendencia.

Durante la vida adulta, en cambio, la socialización política se desarrolla de acuerdo con procesos bastante más complejos y variados. El aprendizaje político se realizará, en unos casos, en función de las pautas aprendidas anteriormente y que así se verán reforzadas, pero en otros el aprendizaje seguirá nuevas pautas adquiridas bien a través de los nuevos roles sociales que el individuo va a asumiendo (nuevos roles familiares, profesionales, etc.), bien como consecuencia de cambios en el entorno sociopolítico (migraciones, transiciones de régimen, etc.) o sin más como resultado de la experiencia política directa del sujeto (Sigel y Hoskin, 1977). Estas nuevas pautas pueden suponer la adquisición de nuevos valores, normas o actitudes referidas a ámbitos de la realidad inaccesibles o desconocidos para los niños o jóvenes (por ejemplo el desempeño de algún rol político especializado), pero también se puede producir una dinámica de resocialización en un nuevo sistema de percepción política que trataría de sustituir al anterior. Este último caso es el que puede observarse en buena

---

través de cuarenta años y fue transmitida intergeneracionalmente a través de familias y comunidades...” (Maravall, 1985, p. 44).

parte de los procesos de cambio de régimen político, como ha ocurrido en la transición democrática española, que se vio acompañada por “una resocialización general de la población adulta en lo político” (Justel, 1992; López Pintor, 1987), resocialización que cabe interpretar al mismo tiempo como causa y consecuencia de la consolidación de la democracia en nuestro país. Por lo que respecta a los ámbitos de socialización, éstos también suelen modificarse en la vida adulta ya que los entornos primarios dejan paso a las asociaciones secundarias, al mundo laboral y sobre todo a los medios de comunicación que se han convertido en las sociedades contemporáneas en el gran instrumento de transmisión de información política.

El aprendizaje político durante la edad adulta tendrá lugar, por tanto, en una continua dialéctica entre las pautas aprendidas durante los años de la infancia y la juventud y las nuevas demandas/necesidades derivadas de los cambios en el contexto de experiencias en el que se mueven los sujetos. La forma específica que adopte en cada caso esta confrontación o ajuste entre ambos planos determinará el grado de continuidad o discontinuidad de los procesos de socialización. De acuerdo con D. Sears (1982), hay cuatro posibles formas de entender este tema de la continuidad y el cambio a lo largo de la biografía de los sujetos. En primer lugar, estaría *el modelo de la persistencia* según el cual el aprendizaje temprano posee tal influencia que los posteriores contenidos de la socialización tienden a ser interpretados en función de aquél: lo que se aprende tempranamente tiende a durar y la resistencia al cambio crece conforme el individuo se acostumbra a una serie de orientaciones. En segundo lugar, *el modelo del cambio continuo*, en el que se destaca la capacidad del individuo para cambiar sus posiciones a lo largo de toda la vida en función de las nuevas experiencias e influencias del entorno que tienen un potente efecto socializador; la socialización política inicial, aún siendo importante, deja pocos o ningún residuo en las etapas posteriores de la vida. En tercer lugar, como un cierto compromiso entre los dos enfoques extremos aparece *el modelo del ciclo vital*, en el que se mantiene que, si bien lo más corriente es la persistencia, algunas orientaciones pueden alterarse en determinadas etapas de la vida (por ejemplo la juventud), debido a la mayor receptividad ante las modificaciones en las circunstancias sociales. Por último, *el modelo generacional*, en el que también se parte de la idea de persistencia, y no se sostiene como en el anterior que el cambio ocurrirá en momentos determinados, pero se insiste en la influencia que sobre la socialización de ciertas cohortes –especialmente durante sus años formativos– pueden tener algunos sucesos y experiencias sociopolíticas que marcarán decisivamente sus pautas de aprendizaje posterior.

La complejidad y variedad interna de los procesos de socialización política impide decantarse por alguno de estos modelos de manera excluyente; más bien podría decirse que según el aspecto al que nos estemos refiriendo será más apropiada una u otra forma de explicación. Así, por ejemplo, se ha comprobado que la identificación partidista es una de las actitudes más estables a lo largo de la vida (modelo de persistencia) si bien su intensidad suele decrecer en las edades más avanzadas (modelo del ciclo vital) (Alwin y Krosnick, 1991). En otros casos, en cambio, como ocurre con el predominio en determinadas cohortes de valores posmaterialistas, la explicación generacional resulta la más plausible (Inglehart, 1977). En suma, no puede enunciarse ningún tipo de “ley general”, válida en todas las ocasiones, sobre la apertura o resistencia al cambio de los contenidos de la socialización política, por cuanto son muchos y variados los factores –tanto individuales como colectivos– que allí influyen. La conclusión que a este respecto formulan Jennings y Niemi (1981) resume bastante bien la complejidad del problema. Para estos autores, los procesos de socialización suelen estar presididos por la inercia que lleva a una generación a parecerse a la precedente y dentro de una generación a persistir en sus orientaciones aprendidas, pero la presencia de sucesos políticos importantes o las cambiantes circunstancias del entorno pueden llevar a una generación hacia nuevos rumbos y afectar tanto a los jóvenes como a los de más edad, produciendo discontinuidades significativas; una situación ésta que, además, cobra especial importancia en las sociedades actuales en las que los cambios sociales y políticos se suceden con una rapidez inusitada.

Esta conclusión debe llevarnos a reevaluar la repercusión que la socialización infantil tiene sobre los comportamientos políticos que se desarrollan en la vida adulta. Bien es verdad que la socialización política inicial proporciona al sujeto la matriz de predisposiciones y actitudes profundas que le ayudarán a comenzar a orientarse en el mundo de las significaciones políticas, el terreno sobre el que se confrontará continuamente todo el aprendizaje político posterior. Pero conforme se transforma el contexto del sujeto y se acumulan experiencias se irán produciendo reorganizaciones, modificaciones, cambios graduales o bruscos. Por todo ello, debe quedar claro que la socialización política que tiene lugar en las etapas preadultas no nos proporciona antecedentes seguros respecto a unos comportamientos que –como por ejemplo ocurre en el caso del voto– sólo pueden realizarse en edades más avanzadas. Como mucho constituirá una variable explicativa más que es preciso integrar dentro de modelos analíticos mucho más amplios.



## *Ámbitos, instancias y agentes*

Cualquier reflexión sobre los procesos de socialización quedaría incompleta si no nos refiriéramos a aquellos ámbitos en los que, a través de diversas instancias o actores, se lleva a cabo la transmisión y adquisición de los valores, normas y rasgos culturales de los grupos sociales. Habitualmente se utiliza el término *agencias de socialización*, o bien *agentes de socialización* cuando el énfasis se desplaza hacia los actores que de manera más directa desempeñan la labor de inculcación. En nuestro caso –y siguiendo en parte la sugerencia de Percheron (1985)– preferimos hablar de “*ámbitos*” de socialización, por cuanto los sujetos no se socializan tanto por la acción de una serie de personalidades individuales que influyen sobre ellos como por su ubicación en unos entornos determinados, con unas características sociales específicas y en los que existen unas redes de interacción social entre los distintos actores allí presentes.

La tradicional importancia que se ha concedido a la socialización política infantil ha hecho que la reflexión en este campo se haya concentrado en los dos ámbitos en los que se desarrolla preferentemente la vida durante la infancia y la adolescencia: la familia y la escuela. El papel destacado del ámbito familiar y educativo en determinadas etapas del ciclo vital de los individuos está fuera de toda duda, así como la impronta que la acción socializadora de los padres y educadores deja sobre las percepciones del mundo social y político de las nuevas generaciones. Sin embargo, ello no debe ser obstáculo para reconocer la relevancia de otras instancias de socialización y de aquellos otros ámbitos en los que el individuo también se socializa políticamente a lo largo de su vida. Así, por ejemplo, cuando se aborda la socialización política infantil se tiende a concentrar toda la atención en el papel básico desempeñado por la familia, dejando de lado la influencia que ejerce sobre los niños su continuada exposición a los medios de comunicación audiovisual de masas –especialmente la televisión–, los cuales no actúan apenas en esta etapa como vehículos de información política pero sí como instrumentos de transmisión implícita de valores y representaciones ideológicas sobre múltiples dominios de la vida social. Y es que uno de los rasgos más característicos de las sociedades postindustriales contemporáneas es, precisamente, la diversificación y proliferación de los universos simbólico-culturales que sirven de referencia a los individuos en el proceso de construcción de sus sistemas de percepción política: conforme se multiplican las pertenencias sociales de los sujetos, sus contextos de experiencia social (relaciones sociales, estilos de vida, redes comunicativas, etc.) también se diversifican y fragmentan, al tiempo que pierden gran parte de su homogeneidad interna (Dalton, 1988).

*La familia* es sin duda el ámbito de socialización política que mayores esfuerzos investigadores ha concentrado. Sus funciones como primera instancia que introduce al niño en el mundo social que le rodea, a la vez que le proporciona un inicial sentimiento de pertenencia e identificación, son bien conocidas por todos. No obstante, aunque todos los especialistas están de acuerdo en reconocer su importancia estratégica, no lo están tanto a la hora de establecer las características de su dinámica socializadora en el terreno de lo político. En efecto, desde un punto de vista teórico, los padres deberían poseer una gran influencia sobre sus hijos ya que –siguiendo el esquema de P. Beck (1977)– cumplen las tres precondiciones de la misma: alto grado de exposición, comunicación y receptividad entre los agentes y los individuos en proceso de socialización. Esta consideración es la que llevaba a los primeros investigadores en la materia a enfatizar la posición de la familia como agente transmisor de orientaciones políticas, si bien las evidencias empíricas no parecían confirmar del todo las expectativas (Hyman, 1959).

Las investigaciones posteriores han permitido matizar estas conclusiones al mostrar que el grado de acuerdo entre las posiciones de los padres y de sus hijos es más bien reducido, excepción hecha de algunos aspectos como la identificación partidista –y en parte en el de las preferencias ideológicas– en el que la similitud aumenta comparativamente (Jennings y Niemi, 1974; 1981). Asimismo se ha logrado establecer la existencia de una serie de condiciones que tienden a favorecer la transmisión familiar de orientaciones políticas; entre ellas las principales son: el grado de visibilidad de las preferencias políticas paternas/maternas, la politización y recursos del ambiente familiar, la consistencia de las posiciones mantenidas por los padres en diferentes campos sociopolíticos, la congruencia entre las preferencias expresadas por el padre y la madre, la homogeneidad cultural entre padres e hijos y la propia homogeneidad sociocultural del medio en el que vive la familia.

A tenor de estas y otras conclusiones de las investigaciones empíricas realizadas, puede afirmarse que la familia posee un alto potencial de influencia sobre las nuevas generaciones que, sin embargo, sólo ocasionalmente suele llevarse a la práctica cuando se trata de cuestiones políticas, por la escasa centralidad que estos temas normalmente tienen en los intereses de los padres y por los propios límites que afectan a la

transmisión de actitudes y opiniones entre padres e hijos. En último término, lo que nuevamente aparece claro es que no cabe interpretar el proceso de socialización únicamente en términos de reproducción de lo idéntico o, lo que es lo mismo, en función de la identidad de respuestas entre padres e hijos sobre una serie de cuestiones políticas más o menos concretas. La dinámica socializadora que tiene lugar en el ámbito de la familia debe pensarse en términos mucho más amplios, como la inserción en un contexto político determinado en cuyo seno es posible la transmisión de orientaciones básicas hacia la política y la formación de un conjunto de predisposiciones que influirán, en mayor o menor medida, en las posteriores reacciones del individuo ante las cambiantes situaciones políticas. “La gente suele llevar consigo a la vida adulta importantes disposiciones heredadas de sus padres. Pero esta herencia está lejos de ser determinante, dado que la naturaleza del entorno político de la madurez también pesa sobre las orientaciones hacia la política de los adultos” (Beck y Jennings, 1991, p. 761).

Por lo que respecta a *la escuela*, su influencia en el proceso de socialización viene constituyendo –por lo menos desde Durkheim– un tema constante de reflexión e investigación para la sociología, dado su carácter de instancia formal dedicada de manera sistemática y planificada a la transmisión cultural de unas generaciones a otras. En el campo estricto de la socialización política, la atención, sin embargo, ha sido mucho menor, por la dificultad de investigar empíricamente la influencia que ejerce sobre la formación de las orientaciones políticas de los alumnos, debido a la manera frecuentemente implícita en que se lleva a cabo el aprendizaje político en el ámbito educativo. En las sociedades democráticas la acción educativa de la escuela se apoya sobre el consenso de la exclusión formal y aparente de todos aquellos aspectos relacionados con la política partidaria y con los planteamientos ideológicos explícitos. El sistema educativo debería, desde esta perspectiva, encargarse exclusivamente de proporcionar los saberes formales necesarios para el desarrollo de la competencia política de los ciudadanos. Aunque este principio de la exclusión formal de la política en la escuela no pueda ocultar las funciones ideológicas que cumple, básicamente su función de “reproducción del orden social” (Bourdieu y Passeron, 1977), sí trae consigo que la dinámica socializadora del sistema de enseñanza deba analizarse a través de aspectos indirectos que, además, suelen aparecernos a primera vista como desprovistos de cualquier connotación político-ideológica.

Una de las vías a través de las que la escuela lleva adelante su labor de socialización política son los contenidos de la enseñanza. Los diseños curriculares, las programaciones, los contenidos de programas y libros de textos vehiculan unas determinadas visiones del mundo, representaciones sobre qué es la sociedad y cómo está organizado el sistema de relaciones sociales. Solamente hay que pensar en materias, como por ejemplo la historia, que a través de su reconstrucción del pasado proporciona a los alumnos claves de interpretación y justificación de la cultura política y las tradiciones heredadas. Otro de los aspectos a tener en cuenta es la importancia de la escuela como lugar de aprendizaje de los conocimientos, actitudes sociales y pautas de conducta que están en la base del desarrollo de los sentimientos de competencia política de los ciudadanos. En este sentido se ha insistido, por ejemplo, en la repercusión posterior que sobre la propensión a participar en asuntos políticos tienen las prácticas participativas en el ámbito educativo (Almond y Verba, 1970). Un último aspecto al que hay que referirse es la influencia de los profesores en cuanto agentes privilegiados de transmisión de valores y, especialmente, como modelos de autoridad con los que niños y adolescentes se acostumbran a establecer unas determinadas relaciones.

En general, todas las evidencias disponibles apuntan hacia la conclusión de que, comparativamente, el ámbito familiar tiene una mayor trascendencia en los procesos de socialización política que la escuela, la cual aparece más bien como una fuente de socialización complementaria, cuya eficacia va a tener mucho, que ver con el grado de consistencia o contradicción que manifieste respecto a los contenidos transmitidos por otras instancias. Asimismo, hay que tener en cuenta que cualquier conclusión al respecto estará mediatizada por la contradictoria relación existente entre sistema educativo y desigualdad social: por una parte, la escuela puede actuar como agente compensatorio para aquellos sujetos “privados” en su medio social de un contexto de comunicaciones políticas; por otra parte, en cambio, la escuela reproduce y legitima la desigual competencia social y política de los distintos grupos sociales.

Aparte de la familia y la escuela, el individuo, a lo largo de su ciclo vital, se socializa políticamente en muchos otros ámbitos, que según las circunstancias es posible que tengan una importancia incluso mayor que los propios de la infancia y la adolescencia. Es el caso, por ejemplo, de los “grupos de iguales” que sitúan al sujeto en un contexto de interacción social, normalmente bastante intensa, en el que lo más habitual es que tiendan a reforzarse las posiciones políticas anteriormente formuladas, aunque asimismo cabe la posibilidad de que se

asuman nuevos valores al entrar en contacto con posiciones diferentes. En esta misma línea también habría que hacer mención de la pertenencia a determinadas asociaciones secundarias –grupos religiosos, sindicales, políticos, etc.– que en ocasiones pueden llegar a ser decisivas en el proceso de construcción de los universos políticos de los ciudadanos, bien porque introduzcan al nuevo miembro en un mundo de significaciones, discursos y prácticas hasta entonces desconocidas o bien –en los casos más extremos– porque le empujen hacia una dinámica de resocialización que trate de sustituir las pautas aprendidas con anterioridad. Por último, no puede olvidarse la importancia de los medios de comunicación de masas como instancia de socialización política, especialmente en las sociedades mediáticas actuales en las que la televisión no es sólo un vehículo de información sino el elemento central en la construcción del discurso político, de las imágenes de los líderes, etc.; pero de este tema volveremos a hablar más adelante.

Aunque a lo largo de la exposición se han ido analizando por separado los distintos ámbitos y agentes de socialización, debe quedar claro que su verdadera eficacia reside en el tipo de interacción que se establezca entre los mismos: la congruencia entre los distintos mensajes transmitidos, así como la importancia relativa de cada una de las instancias, determinará en cada momento las características de los procesos de socialización política. De todas formas hay que insistir una vez más en que junto a las agencias de socialización consideradas siempre hay que incluir la influencia del entorno sociopolítico, de la exposición directa a los diferentes aspectos del sistema político, a partir de las cuales el sujeto hace una síntesis de todo lo que recibe.

## **Las dimensiones culturales de la vida política**

Cuando se describían anteriormente los procesos de socialización veíamos que una de sus funciones principales –quizás la más importante– era introducir al sujeto en un universo cultural, hacerle partícipe de ese conjunto de normas, valores, símbolos, etc. que constituyen la cultura del grupo al que pertenece o que le sirve de referencia identificatoria. Pues bien, cuando dirigimos nuestra atención hacia el ámbito político también podemos aplicar el mismo esquema de razonamiento. A través de las diferentes experiencias de socialización política –en conjunción con otros factores políticos e institucionales– los sujetos entran en contacto, haciendo suyas en mayor o menor grado las percepciones compartidas en el seno del grupo o de la comunidad sobre los significados de lo político, aprenden una serie de creencias básicas que dotan de sentido sus relaciones con el poder político. En otras palabras, los sujetos se insertan en una o unas determinadas culturas políticas, que están en la base del funcionamiento del sistema político y que constituyen uno de los elementos decisivos de la acción que en su seno tiene lugar.

Cualquier intento de analizar la vida política de una sociedad y la forma en que los individuos se incorporan a la misma se enfrenta a la complejidad de los diferentes factores que influyen en la misma. Habitualmente la ciencia y sociología políticas han solido prestar una atención preferente a aquellos factores más visibles a primera instancia y sobre cuyas consecuencias apenas hay dudas, como son los de carácter socioestructural o los de carácter institucional. Sin embargo, aunque no se pueda olvidar en ningún momento la trascendencia que para la vida política tienen estos elementos, la experiencia histórica demuestra una y otra vez la necesidad de atender a un plano quizás menos visible pero no por ello menos importante, como es el de los factores culturales. Sin pretender atribuir a la cultura una capacidad omniexplicativa de los fenómenos políticos, lo que cada vez resulta más evidente es que la incorporación de las variables culturales dentro de la explicación sociopolítica puede aportar nueva luz sobre aspectos complejos como pueden ser los mecanismos a través de los cuales los regímenes se dotan de legitimidad, el específico devenir de los procesos de transformación y cambio a los que se ven sometidos o las diferentes formas en que se concibe la naturaleza y contenido de la vida política en distintas sociedades. Como sostiene Ronald Inglehart (1991), las explicaciones económicas tan de moda gracias a los modelos de elección racional no son más que una parte del problema; junto a estos elementos hay que tener en cuenta los atributos culturales predominantes en una sociedad dada que pueden tener consecuencias políticas y económicas fundamentales. Y es que, en último término, la conclusión a retener es que la cultura no sólo “no es únicamente consecuencia de la economía, sino que puede moldear la naturaleza básica de la vida política y económica” (Inglehart, 1991, p. 58).

El énfasis en la importancia de la dimensión cultural de la vida política es una constante que puede rastrearse a lo largo de toda la historia del pensamiento social y político. Muchos pensadores (Locke, Burke, Montesquieu o Tocqueville por sólo citar algunos ejemplos conocidos) se han referido, de manera más o menos precisa, a la existencia de una serie de rasgos, tradiciones o valores comunes, a una base cultural que poseerá

una incidencia directa sobre la conducta política que caracteriza a una sociedad determinada<sup>8</sup>. Asimismo, en la teoría sociológica podemos encontrar múltiples ejemplos de la relevancia concedida a los sistemas de valores y creencias compartidos en el seno de una sociedad, entre los cuales no puede dejarse de mencionar a Max Weber, quien insiste en el papel fundamental que corresponde a los valores morales y religiosos en el desarrollo de las estructuras económicas y las instituciones políticas del capitalismo occidental (Weber, 1984b) o en cómo la legitimidad política encuentra uno de sus principales apoyos en los sentimientos que la gente tiene hacia aquellos que ejercen la autoridad (Weber, 1977).

Pero más allá de estos antecedentes imprescindibles, será por los años cincuenta, en el seno de la sociología y ciencia política norteamericana de corte behaviorista, cuando empieza a utilizarse de manera sistemática el concepto de cultura política y se incorpore al *corpus* de la investigación sociopolítica. Este concepto se va a desarrollar inicialmente como un intento por encontrar un nexo de unión entre las bases psicológicas del comportamiento político individual (núcleo central de la concepción behaviorista aplicada a la política) y el enfoque macrosociológico que tiene como referente a la comunidad política en cuanto realidad colectiva (Dowse y Hughes, 1986). De esta manera, la cultura política se entiende como aquella entidad a través de la cual se establece la necesaria relación entre el individuo y el sistema político, entre “la historia colectiva de un sistema político y las biografías de los miembros de dicho sistema, debido a lo cual sus raíces hay que buscarlas tanto en los acontecimientos públicos como en las experiencias individuales” (Pye, 1977, p. 323).

Esta pretensión analítica no se ha visto, sin embargo, acompañada por una clara delimitación de las fronteras conceptuales del término cultura política. Ya en la primera referencia explícita que encontramos en la literatura sociopolítica se ponen de manifiesto las grandes dosis de imprecisión que van a acompañar a este concepto durante décadas: “todo sistema político está inserto en una pauta particular de orientaciones a la acción política. He encontrado útil referirme a esto como cultura política” (Almond, 1956, p. 396). A pesar de que a partir de este momento se suceden una gran cantidad de definiciones<sup>9</sup>, el hecho cierto es que tanto en el ámbito académico como en el debate político cotidiano se suele utilizar para aludir a una multitud de fenómenos muy diferentes entre sí, hasta el punto de que a primera vista parece cubrir todo tipo de percepciones, creencias y valores relacionados con lo político (Lane, 1992). Parece necesario, por consiguiente, hacer un cierto ejercicio de delimitación para aclarar a qué estamos refiriéndonos cuando hablamos de cultura política.

En primer lugar, en el concepto de cultura política es preciso integrar su doble vertiente de noción teórica e instrumento para el análisis empírico, lo cual exige por una parte reflexionar sobre los fundamentos teóricos y las dimensiones básicas que se engloban dentro de la investigación en este campo y, por otra, llevar a cabo una labor de operacionalización de aquellas variables que harán posible analizar empíricamente las pautas culturales con que los ciudadanos se enfrentan al ámbito político. En segundo lugar, cuando hablamos de cultura política nos estamos refiriendo explícitamente a creencias y valores políticos de carácter fundamental o básico, predominantes entre los miembros de una comunidad o sistema político dado (Verba, 1965). Debe quedar claro, pues, que no todas las actitudes y opiniones políticas que los individuos manifiestan en un momento determinado ante las preguntas de un entrevistador poseen una base cultural, por tanto solamente nos interesarán aquellas disposiciones profundas que tienen que ver con aspectos fundamentales de la vida política: “cómo piensa y siente la gente respecto a sus relaciones con el poder político; como perciben su papel en la política y cómo construyen y evalúan los procesos políticos” (Welch, 1987, p. 484). Otra consecuencia importante que se deriva de la posición anterior es la conveniencia de diferenciar analíticamente entre cultura política por una parte y las pautas de comportamiento político por otra, ya que solamente así podremos evaluar la contribución específica de

---

<sup>8</sup> En algunos casos estas posiciones han derivado en conceptualizaciones de claro tinte conservador, cuando no reaccionario, que pretendían justificar la existencia ahistórica e indeleble de un hipotético “carácter nacional” o “carácter de los pueblos”.

<sup>9</sup> Glenda Patrick (1984), en un intento de sistematizar las diferentes concepciones de cultura política que se pueden encontrar en la literatura especializada, distingue cuatro grandes tipos: la “objetiva” (Easton), en la que cultura política se refiere a las creencias, normas, valores y concepciones de la autoridad que definen el rango de conductas aceptables dentro de un sistema político dado; la “psicológica” (Almond, Powell, Verba), en la que la cultura política se interpreta como el conjunto de orientaciones psicológicas hacia objetos políticos predominantes entre los miembros de un sistema político; la “heurística” (Pye), en la que la cultura política es vista como un constructo hipotético, que posteriormente hay que contrastar con la realidad, de la pauta de orientaciones que hacen distintivo a un determinado sistema; la “comprehensiva” (Fagen, Tucker), que incluye en la definición de cultura política no sólo los elementos actitudinales sino también los comportamientos implícitos y explícitos de los individuos.

los factores culturales –en comparación con los factores institucionales y políticos– a la explicación de la acción política característica de un determinado sistema (Brown y Gray, 1979)<sup>10</sup>.

En tercer lugar, la cultura política no está compuesta por una serie de actitudes conectadas entre sí de una manera algo incierta –tal y como parece deducirse de muchas de las investigaciones que habitualmente se realizan en este campo– sino que posee un carácter estructural, de ahí que lo que interese investigar principalmente sea la estructura de interrelaciones que vincula esas creencias básicas en un todo más o menos coherente. En cuarto lugar, es importante insistir que cuando hablamos de cultura política nos estamos refiriendo a un fenómeno de naturaleza colectiva, es una propiedad que se predica de naciones, grupos sociales dentro de las mismas o de colectividades definidas por una serie de rasgos socioestructurales y que constituye el resultado de las interacciones sociales que se producen en su seno (Kaase, 1982); otro problema bien distinto es si este carácter colectivo puede aprehenderse a través de la mera agregación de actitudes individuales medidas por medio de encuestas (Verba, 1980). Por último, hay que señalar que la cultura política desempeña una doble función: por una parte, una función individual, dado que proporciona al individuo el contexto de significaciones en el que adquiere sentido su acción política y, por otra, una función sistémica, por cuanto la internalización de una cultura política (entendida como internalización de un sistema común de creencias y valores) constituye un eficaz instrumento de regulación o control del conflicto dirigido a asegurar, en la medida de lo posible, la persistencia del sistema político (Patrick, 1984).

Tratando de sintetizar en una única formulación –que no definición– todos estos elementos podemos afirmar que al hablar de cultura política estamos refiriéndonos a un fenómeno de carácter colectivo, resultado de la interacción constante que se produce en la estructura social entre individuos, grupos e instituciones, la cual tiene su plasmación en sistemas estructurados de valores y creencias básicas referidos fundamentalmente a las relaciones entre el poder y los ciudadanos y que éstos hacen suyos en diferentes grados, dotando así de sentido a su acción política y a la del propio sistema.

### ***Cultura política y democracia***

Referirse al tema de la cultura política sin detenerse en el examen de la fundamental aportación de Gabriel Almond y Sidney Verba es casi imposible. En efecto, la publicación en 1963 de la obra de estos dos politólogos estadounidenses de orientación funcionalista bajo el título de *La cultura cívica (The Civic Culture)* supondrá una gran novedad en el ámbito del análisis político empírico de carácter comparado y al tiempo marcará un hito de tal magnitud dentro de la investigación en este campo que puede decirse, sin exagerar demasiado, que la práctica totalidad de la reflexión posterior cabe ser entendida como un diálogo más o menos explícito con esta obra (Almond y Verba, 1970). Para entender en su verdadera dimensión la aportación pionera de Almond y Verba hay que referirse, de forma sucinta, al marco histórico-político e intelectual en el que se enmarca y que define el ámbito de preocupaciones en el que se mueven los autores.

En el plano histórico-político, la enorme frustración que acompañó a la Segunda Guerra Mundial situó a las ciencias sociales –fundamentalmente la norteamericana– ante la “necesidad” de explicar las causas del surgimiento de sistemas políticos totalitarios en sociedades que se presumían democráticas y de encontrar las claves que hicieran posible la implantación y estabilidad de nuevos sistemas democráticos a semejanza del idealizado modelo de la democracia anglo-americana. Por otra parte, el inicio de los procesos de descolonización y los problemas de los nuevos países impulsará la reflexión no sólo sobre las condiciones sociales y económicas asociadas a la posibilidad de una democracia estable sino también sobre los fundamentos culturales que se encuentran en la base del edificio político. Junto a este marco de referencias políticas no puede olvidarse tampoco el marco intelectual en el que surge la investigación en cultura política: la recepción norteamericana de la sociología weberiana, con su énfasis en el papel decisivo de los valores y normas, la influencia de la psicología social, las aportaciones de la antropología psicocultural y el desarrollo de la metodología cuantitativa de investigación mediante encuestas (Almond, 1980).

En este peculiar ámbito de preocupaciones políticas e intelectuales, Almond y Verba van a definir –desde una óptica que privilegia la dimensión psicológica– la cultura política de una nación como “la particular

---

<sup>10</sup> Una posición completamente diferente de la aquí expuesta puede encontrarse en Fagen (1969), quien reclama la incorporación de los comportamientos al concepto de cultura como forma de superar el inicial psicologismo del mismo y poder así captar mejor los procesos de transformación cultural que se vivían en países comunistas, como por ejemplo Cuba. Para una crítica de las tesis de Fagen, véase Almond (1980).

distribución de las pautas de orientación hacia objetos políticos entre los miembros de esta nación” (Almond y Verba, 1970, p. 31); la cultura política, en consecuencia, se entiende referida a un conjunto de orientaciones individuales hacia un conjunto especial de objetos y procesos, los objetos y procesos políticos. Dos son, por tanto, los elementos fundamentales sobre los que gravita la noción de cultura política: las *orientaciones psicológicas* o predisposiciones a la acción de los individuos, las cuales, siguiendo el esquema de Parsons y Shils, se clasifican en tres categorías: orientaciones cognitivas, afectivas y evaluativas que hacen referencia, respectivamente, a los conocimientos, los sentimientos y los juicios y opiniones que poseen los individuos acerca del sistema político y de sus componentes; los *objetos políticos* hacia los que se dirigen las orientaciones de los individuos, entre los que se distinguen los cuatro siguientes: el sistema político general, los objetos políticos o *input*, los objetos administrativos u *output* y el propio sujeto como actor político.

La relación entre los tipos de orientación y las clases de objetos da lugar a una matriz simple de 3 por 4 que sirve tanto para evaluar las posiciones individuales como para construir tipos de cultura política nacional cuando se agregan estas posiciones individuales y simplemente se obtienen las frecuencias entre una población dada de los diferentes tipos de orientaciones de los ciudadanos hacia los distintos objetos políticos. De una concepción basada en el individuo se pasa sin solución de continuidad a un modelo de culturas políticas nacionales entendidas como distribuciones sociales de actitudes<sup>11</sup>.

Tres serían los principales tipos de cultura política, según Almond y Verba: *a) la cultura política parroquial*: cuando apenas existen orientaciones específicamente políticas entre la población, como ocurre en las sociedades tribales y en aquellas en que la diferenciación de roles es muy escasa; *b) la cultura política de súbdito*: cuando la frecuencia de orientaciones hacia el sistema político y sus “productos” o aspectos administrativos es alta pero, en cambio, apenas se es consciente de las instituciones que canalizan las demandas sociales y de la propia eficacia personal; en este caso el súbdito mantiene una relación esencialmente pasiva en cuanto receptor de las acciones del sistema; *c) la cultura política participante*: los miembros de la sociedad tienden a estar explícitamente orientados hacia el sistema, hacia sus estructuras y procesos políticos y administrativos y hacia un rol políticamente activo, aunque sus sentimientos y evaluaciones puedan ser favorables o desfavorables (*op. cit.*, pp. 34-36). Estos tres tipos de cultura política hay que entenderlos como tipos ideales a la manera weberiana, es decir, como modelos teóricos que no tienen una plasmación concreta en la realidad histórica de cualquier sociedad. La cultura política de una sociedad, por consiguiente, siempre tendrá un carácter mixto, es decir, a pesar de que pueda existir un predominio de los rasgos característicos de uno de los tipos establecidos aparecerán siempre elementos más o menos importantes de los otros dos tipos. Asimismo, esta heterogeneidad inherente a la noción de cultura política lleva al reconocimiento de la posible existencia, dentro del contexto nacional, de subculturas políticas que vendrían definidas simplemente por el predominio de determinadas orientaciones entre ciertos sectores o grupos sociales.

Con este marco analítico Almond y Verba creen superar la dicotomía entre realidades micropolíticas (centradas en las tendencias psicológicas individuales) y realidades macropolíticas (centradas en la estructura y funcionamiento de los sistemas políticos), situando a la cultura política como nexo de unión entre los individuos y grupos por una parte, y las estructuras y procesos políticos por otra. Dos son las principales consecuencias que se derivan de este planteamiento. En primer lugar, la explícita distinción establecida entre pautas culturales y estructura política abre la posibilidad de investigar un problema que los autores consideran crucial para la estabilidad y evolución de los sistemas políticos, especialmente los democráticos: la congruencia o no entre cultura política y estructura M sistema. En segundo lugar, la importancia de las orientaciones individuales en la configuración de la cultura, política y su influencia sobre el sistema político hace del proceso de formación y aprendizaje de las actitudes de los individuos, esto es la socialización política, un elemento clave en la investigación, por cuanto constituye el mecanismo principal a través del cual las culturas políticas se mantienen y cambian (Almond y Powell, 1972).

A pesar de la repercusión posterior que ha tenido la concepción de cultura política expuesta en *La cultura cívica*, el verdadero interés de Almond y Verba no es construir una teoría general al respecto sino, muy al contrario, analizar en qué medida las distintas culturas nacionales se ajustan al patrón de cultura política que los autores consideran apropiada y congruente con los sistemas democráticos estables: la cultura cívica (*op. cit.*, p. 555). Los rasgos fundamentales de la cultura cívica no van a ser deducidos, tal y como cabría esperar, de los

---

<sup>11</sup> Tengo que agradecer a J. M. Rivera el haberme permitido consultar un trabajo inédito suyo sobre “el concepto de cultura política” en el que se recogen interesantes reflexiones, algunas de las cuales han sido incorporadas en este apartado.

resultados de algún tipo de análisis empírico de la realidad sino que se establecen *a priori*, a partir de una visión idealizada de la evolución y funcionamiento de las democracias anglo-americanas, especialmente Inglaterra. Así, la cultura cívica se concibe como el resultado de los choques existentes entre la modernización y el tradicionalismo, dando como resultado una cultura política pluralista, basada en la comunicación y la persuasión, en el consenso y la diversidad, una cultura que permite el cambio pero que al mismo tiempo lo modera. Como el resto de culturas políticas, la cultura cívica es también de carácter mixto, coexistiendo en su seno orientaciones de participación (los ciudadanos se manifiestan positivamente orientados hacia las estructuras de participación) junto a las de súbdito y parroquiales; “las orientaciones políticas no-participantes, más tradicionales, tienden a limitar la entrega del individuo a los asuntos políticos y a aminorar dicha entrega (...) el mantenimiento de estas actitudes más tradicionales y su fusión con las orientaciones de participación llevan a una cultura política equilibrada en que la actividad política, la implicación y la racionalidad existen, pero equilibradas por la pasividad, el tradicionalismo y la entrega a los valores parroquiales” (*op. cit.*, p. 49).

Detrás de la idea de cultura cívica –que recordemos se identifica implícitamente con cultura política de la democracia– late continuamente una concepción elitista de la democracia (Bachrach, 1973), basada en una rígida separación entre élites gobernantes y masas que cumplen sus decisiones, separación que implica, por una parte, que las élites deben poder gobernar sin excesivas presiones ciudadanas y, por otra, que los ciudadanos, aún manteniendo su posibilidad de participar, sean relativamente pasivos y deferentes con las élites. Para Almond y Verba el ciudadano en la cultura cívica, el ciudadano democrático posee una reserva de influencia: no es el que actúa y toma parte en los procesos políticos sino el “ciudadano potencialmente activo”, que tiene interiorizado un sentimiento de competencia política y sólo actúa si hay necesidad de ello. De esta manera, la democracia –y en buena medida la participación– queda convertida fundamentalmente en un mito, “el mito de la competencia ciudadana”, en el que hay que creer para que se mantenga el equilibrio deseado entre el poder y libertad de las élites y su responsabilidad ante las demandas de los ciudadanos.

Con este planteamiento general, Almond y Verba llevaron a cabo la investigación empírica mediante un cuestionario común aplicado a muestras nacionales de cinco países –Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Italia y México– que tratan de representar ejemplos diferentes de adecuación al patrón típico definido en la noción de cultura cívica. Como anteriormente se decía, la publicación de los resultados de la investigación causó un gran impacto entre la comunidad científica, que inmediatamente se tradujo en un aluvión de comentarios y críticas, las cuales se han centrado fundamentalmente alrededor de tres cuestiones fundamentales: la consideración de la cultura cívica como paradigma de cultura política democrática, la concepción teórica de cultura política y los procedimientos técnico-metodológicos del estudio (Almond y Verba, 1980). Las dos primeras son obviamente las que aquí más nos interesan y a ellas nos referiremos brevemente, tratando de resumir algunos de los aspectos que han suscitado mayor debate.

Comenzando por la noción de cultura cívica, el punto más discutible, sin duda, son las grandes dosis de normativismo y etnocentrismo que se encierran en su formulación. Desde el primer momento resulta evidente que se piensa en la cultura cívica como principio normativo, como modelo de cultura política democrática con el que deben contrastarse las realidades culturales nacionales; un modelo que, por otra parte, se define desde la pretendida superioridad de la democracia anglosajona. De esta manera, se termina convirtiendo a un tipo específico de cultura política, resultado de un proceso histórico-político muy concreto (el experimentado durante siglos por las sociedades inglesas y americanas) y basado en una determinada concepción de la democracia (la concepción elitista), en el único camino posible para lograr desarrollar sistemas democráticos estables, lo que supone olvidar la influencia contingente que las condiciones sociales, económicas y políticas ejercen sobre la evolución de los distintos sistemas políticos e implantar una visión uniformizadora de los múltiples procesos que favorecen o impulsan la democratización (Pateman, 1971, MacPherson, 1991). Directamente vinculado con esta cuestión surge otro problema de mayor relevancia teórica como es la implícita relación de causa-efecto que parece establecerse entre cultura cívica y democracia estable o, en términos generales, entre cultura y estructura política. A pesar de que posteriormente Almond y otros autores han insistido en que la causalidad opera en ambos sentidos (la cultura a través de la socialización influye en la estructura política y ésta a través de la actuación política influye en las orientaciones culturales de los ciudadanos) (Almond, 1980, Lijphart, 1980), el hecho cierto es que en *La cultura cívica* no se contempla la posibilidad de que el desarrollo positivo de una experiencia de democratización se convierta en el elemento clave para el surgimiento de una cultura política democrática (Barry, 1974) o que la estructura de desigualdad socioeconómica introduzca variaciones importantes en las pautas culturales de determinados sectores sociales (Pateman, 1980).

Esta última reflexión nos lleva a un nuevo aspecto que no puede pasarse por alto, el excesivo énfasis que en todo este planteamiento de la cultura política se realiza sobre la homogeneidad de normas y valores y el consiguiente olvido de todo aquello que supone divergencia o diferenciación –no individual sino social–. Como ha señalado C. Pateman (1980), en el estudio de Almond y Verba, y en la mayor parte de aquellos que continúan su enfoque, las reiteradas diferencias que aparecen en los resultados empíricos se tienden a interpretar en términos estrictamente individuales, sin tener en cuenta –como ya se ha repetido en bastantes ocasiones– que el modo en que los individuos se relacionan con la esfera de lo político está mediado por su pertenencia a grupos sociales estructuralmente desiguales entre sí. Con esta nueva perspectiva no sólo conceptos como el de subculturas políticas recuperarían gran parte de su utilidad para el análisis sociológico, sino que podríamos comprender mejor la vida política de las sociedades industriales actuales en las que siguen predominando grandes líneas de desigualdad social y en las que el conflicto prima sobre el orden y la integración.

Muchos otros aspectos del modelo clásico de investigación en cultura política inaugurado por Almond y Verba han suscitado y siguen suscitando grandes interrogantes, como la ausencia de una reflexión sobre el papel fundamental que juegan las élites –en cuanto productoras e intérpretes de realidades y significados– en la construcción social de la cultura política (Kaase, 1982) o la dificultad de explicar el cambio sociopolítico de las sociedades contemporáneas (Inglehart, 1991; Eckstein, 1992). Tratando de sintetizar todo lo expuesto hasta ahora, cuando menos cabe extraer dos conclusiones principales. Por una parte, la necesidad de superar cualquier pretensión de definir “una” cultura política democrática, insistiendo por el contrario –desde una perspectiva histórica– en la influencia que en cada caso ejercen las condiciones sociales, políticas y económicas sobre la formación y evolución de las pautas culturales predominantes en las distintas sociedades democráticas. Por otra parte, la necesidad de analizar en detalle las interacciones recíprocas que en cada sociedad se establecen entre la dimensión institucional, socioestructural y cultural con el fin de poder especificar la contribución específica que la cultura política hace a la construcción de los universos políticos de los ciudadanos y a su comportamiento político.

La gran cantidad de críticas dirigidas a los planteamientos de *La cultura cívica* no se tradujeron sin embargo en aportaciones teóricas relevantes que supusieran una verdadera alternativa al modelo “canónico” de orientación funcionalista. El enfoque más clásico siguió utilizándose –en general de forma bastante rutinaria– en buen número de investigaciones empíricas pero sin aportar soluciones a los problemas planteados. Este hecho, junto al cambio de paradigmas que tuvo lugar en la sociología política (neomarxismo y elección racional), explica que en un momento dado, sobre todo a lo largo de la década de los setenta, la perspectiva de la cultura política pareciera definitivamente agotada. En los años ochenta, sin embargo, hemos asistido a un interesante rebrote de esta temática, caracterizado por un cierto olvido de los planteamientos más clásicos y por un intento de articular una teoría culturalista de la política desde una perspectiva mucho más global<sup>12</sup>.

Aunque es difícil presentar una visión articulada de las distintas aportaciones que se vienen sucediendo en los últimos años, dada la diversidad de enfoques y planteamientos que se utilizan, en la mayor parte de ellas encontramos una preocupación por tratar de superar el olvido a que tradicionalmente se ha sometido el primer término del concepto de cultura política, esto es por reflexionar sobre qué es la cultura y qué papel desempeña en las sociedades industriales avanzadas, desde su consideración como un componente integral de la acción social (Thompson, 1990). Como consecuencia de este planteamiento mucho más general, gran parte de estos autores coinciden –de, forma más o menos explícita– en concebir la cultura política como “el contexto de significados en el que se desarrolla la vida política” de las distintas sociedades, lo que lleva a preguntarse sobre la forma en que estos significados son “construidos” y “expresados” por los distintos actores sociales (individuos, grupos, instituciones) (Welch, 1987; 1993). Frente a la visión clásica que entiende la cultura política como un conjunto de disposiciones psicológicas resultado de una específica socialización política, se insistirá en los procesos a través de los que se produce la “construcción social” de las diferentes culturas políticas, las cuales servirán de marco a los individuos para la formación de sus preferencias políticas (Wildawsky, 1987).

---

<sup>12</sup> Algunos de los resultados más interesantes de este nuevo planteamiento de la cuestión pueden encontrarse en Wildawsky (1987, 1989); Wilson (1992); Thompson (1990); Merelman (1991); Welch (1993) y en los distintos ensayos recogidos en Gibbins (1989).



## *Factores culturales y cambio sociopolítico,*

Una de las críticas más repetidas sobre la concepción clásica de cultura política es la de su carácter estático. El énfasis en la dimensión de la estabilidad y el tipo de análisis empírico que se llevaba a cabo –obtención de datos sobre un país en un solo momento de su historia– convertían a esta perspectiva investigadora en un instrumento analítico muy poco apropiado para intentar explicar el cambio político en general y, en particular, las importantes transformaciones sociopolíticas que se detectan en las últimas décadas en las sociedades industriales avanzadas. Estas transformaciones, además, afectan profundamente a las relaciones de los ciudadanos con el sistema político, lo que se ha traducido en fenómenos tales como el incremento del cinismo político, un evidente descenso de la lealtad y confianza institucional o una ruptura de los vínculos tradicionales de identificación con los partidos políticos, por sólo citar algunos de los más visibles para cualquier observador (Dalton, 1988).

El relativo fracaso de otros enfoques alternativos para ofrecer explicaciones globales sobre los procesos de cambio –valorativos, actitudinales y de comportamiento– que hoy se vislumbran en amplios sectores sociales de nuestras democracias contemporáneas, ha llevado a pensar a numerosos especialistas en la necesidad de reintroducir los factores culturales como variable explicativa fundamental. Dentro de este nuevo resurgir de la preocupación por analizar el papel que corresponde a los elementos culturales en la explicación del cambio sociopolítico hay que referirse inevitablemente a los trabajos de Ronald Inglehart, los cuales no sólo representan el principal intento y el más potente de reconstruir teórica y empíricamente el ámbito de la cultura política sino también una interesante línea de investigación de las causas y consecuencias de lo que, en una expresión afortunada, el propio autor ha definido como “revolución silenciosa” (Inglehart, 1977).

Aunque hoy día resulta ya difícil sintetizar el enorme cúmulo de cuestiones a las que se refiere Inglehart en sus diferentes estudios, el esquema de razonamiento del que parten sus planteamientos sigue sustentándose sobre una idea central: la estrecha relación existente entre cambio socioeconómico, cambio cultural y cambio político. Las sociedades industriales avanzadas –según Inglehart– vienen experimentando desde los años cincuenta y sesenta profundas transformaciones que en un plano socioestructural se concretan en el acelerado desarrollo económico y tecnológico, los cambios en el mercado de trabajo y la estructura ocupacional, la expansión de la educación, la importancia crucial de los medios de comunicación de masas, así como en las específicas experiencias de unas cohortes generacionales que no han sufrido ningún tipo de conflicto bélico (hecho bastante excepcional en la reciente historia europea). Todos estos factores estarían en el origen del cambio en las preferencias valorativas de segmentos significativos de la población, socializados en este nuevo entorno socioeconómico, que habrían dejado de otorgar prioridad a los valores más tradicionales, relacionados de una u otra forma con la satisfacción de las necesidades materiales (valores materialistas), para poner un mayor énfasis en cuestiones que tienen que ver con valores de autorrealización personal, sentimientos de pertenencia a la comunidad, calidad de vida, etc. (valores postmaterialistas). Estos cambios en los valores –y de manera simultánea en las capacidades cognitivas– de los individuos estarían ejerciendo, por último, un indudable impacto sobre la vida sociopolítica de nuestras sociedades, las cuales, entre otros fenómenos, han visto cómo empezaban a cambiar las bases sociales de la discusión política (descenso del conflicto de clases y aparición de nuevas líneas de conflicto político), el apoyo conferido a las instituciones, el tipo de participación política (considerable impulso de los nuevos movimientos sociales) o la importancia atribuida a los asuntos políticos más clásicos.

Dentro de este marco interpretativo general del proceso actual de cambio sociopolítico, el aspecto principal en el que se centran las investigaciones empíricas de Inglehart es el cambio de valores que lleva a los individuos desde posiciones materialistas a otras de carácter postmaterialistas. Dos son las hipótesis teóricas sobre las que se basan todos sus planteamientos (Inglehart, 1977, pp. 22-23; 1991, p. 61). En primer lugar la *hipótesis de la escasez*, según la cual las prioridades de un individuo reflejan su medio ambiente económico, otorgando mayor valor subjetivo a las cosas realmente escasas. Esta posición implica, de acuerdo con la teoría de la jerarquía de necesidades esbozada en su momento por Maslow, que los individuos otorgarán una mayor prioridad a aquellos valores relacionados con la seguridad material y física, pero que una vez esta base material esté asegurada sus prioridades se centrarán en valores no materiales que tienen que ver con necesidades de pertenencia, realización personal, etc. En segundo lugar la *hipótesis de la socialización*, según la cual los valores básicos de los individuos reflejan en gran medida las condiciones predominantes durante la socialización adolescente. La socialización primaria tenderá, por tanto, a crear un *ethos* particular en las cohortes

generacionales que se traduce en una configuración específica de las prioridades valorativas básicas y que tendrá una serie de consecuencias prácticas en la vida adulta de estas cohortes. “Estas dos hipótesis unidas generan una serie coherente de pronósticos concernientes al cambio en los valores. En primer lugar, mientras que la hipótesis de la escasez implica que la prosperidad lleva a la difusión de valores postmaterialistas, la hipótesis de socialización implica que ni los valores de un individuo ni los de una sociedad en conjunto es probable que varíen de la noche a la mañana. Por el contrario, los cambios en los valores fundamentales tienen lugar gradualmente, de modo casi invisible. Se producen en gran medida cuando una generación más joven reemplaza a una más vieja en la población adulta de una sociedad” (Inglehart, 1991, p. 63).

Los mayores esfuerzos investigadores de Inglehart durante estos años han estado, y aún hoy siguen estando, dirigidos a comprobar empíricamente la verdadera dimensión del fenómeno previsto en el modelo. Basándose en un acopio de datos de encuesta verdaderamente espectacular ha podido demostrar la creciente importancia que las orientaciones postmaterialistas tienen entre la población de las sociedades industriales avanzadas. Aunque este tipo de valores sigan siendo minoritarios en el conjunto de la sociedad (de todas formas el *ratio* entre materialistas y postmaterialistas habría descendido considerablemente en los últimos años) su impacto social parece evidente, debido a la implantación que poseen entre aquellas cohortes socializadas durante la época del acelerado crecimiento económico y que lentamente están empezando a reemplazar a las de más edad.

Se ha discutido mucho sobre la idoneidad de la dicotomía materialismo-postmaterialismo para resumir expresivamente el proceso de cambio valorativo que se está viviendo en nuestras sociedades contemporáneas<sup>13</sup>. El propio Inglehart ha reconocido recientemente que el surgimiento del postmaterialismo constituye sólo un aspecto de un síndrome más amplio de cambio cultural que está transformando las actitudes y comportamientos en muchos ámbitos de la vida social: los papeles y costumbres sexuales, las posiciones religiosas, las ideas políticas, las motivaciones ante el trabajo, etc. (Inglehart, 1991). Pero más allá de haber identificado con mayor o menor precisión un determinado tipo de cambio en los valores de amplios sectores de las sociedades occidentales, en lo que aquí nos interesa la verdadera importancia de la aportación de Inglehart reside en haber arrojado nueva luz sobre la relevancia que poseen los factores culturales para explicar el complejo cambio sociopolítico actual. A partir de su argumentación –y aún admitiendo muchas de las críticas que se puedan realizar a sus planteamientos– se hacen mucho más evidentes los estrechos vínculos que relacionan el marco socioeconómico con los sistemas de valores, subjetivos y colectivos, que conforman la cultura política y el impacto que ésta ejerce sobre la acción política de los ciudadanos.

## Espacio público y ciudadanía

A estas alturas ya ha debido quedar suficientemente claro que la construcción de lo que hemos dado en denominar los universos políticos de los individuos no puede concebirse de ninguna manera como una “aventura individual”. Independientemente de la importancia que queramos conceder a los factores relacionados con diferentes características de la personalidad, el hecho fundamental es que el conjunto de creencias, valores, normas y percepciones que sustentan la posibilidad de la acción política de los sujetos va configurándose paulatinamente mediante las múltiples interacciones que llevan a cabo –con sus semejantes y con el resto de protagonistas de la vida política de la comunidad– dentro de la estructura de relaciones sociales en la que están insertos. Si hubiera que establecer un elemento esencial de los procesos de interacción social éste sin duda haría referencia a la dimensión comunicativa: sin comunicación entre sujetos que comparten un lenguaje común –entendido en términos genéricos como sistema de códigos– no es posible hablar de interacción social (Mead, 1982). Desde esta perspectiva, el análisis de los procesos comunicativos que tienen lugar en el ámbito político constituye una etapa fundamental en cualquier reflexión que trate de comprender cómo los sujetos perciben y se sitúan ante las cuestiones políticas.

Si la comunicación es consustancial a cualquier comunidad política, ésta adquiere características decisivas cuando se trata de comunidades políticas democráticas. La propia naturaleza de la democracia moderna implica que las interacciones comunicativas entre los diferentes actores de la vida política tengan lugar

<sup>13</sup> Algunos autores defienden la necesidad de complementar el esquema materialismo-postmaterialismo con la referencia a una nueva dimensión valorativa definida en torno a la polaridad autoritarismo-libertarismo (Flanagan, 1982). Otros autores, por su parte, prefieren hablar de un contraste entre valores tradicionales vs. valores postradicionales (Harding, 1986) o entre cultura moderna vs. cultura postmoderna (Gibbins, 1989).

preferentemente en un espacio público, formalmente accesible a todos, en el que toman forma y se desarrollan las opiniones sobre las diversas cuestiones relacionadas con el interés general. A través de la incorporación activa a este espacio público de interacción comunicativa los individuos adquieren su condición de ciudadanos (miembros plenos de una comunidad que ejercitan una serie de derechos políticos y sociales), a la par que ven reconocida su posición de actores políticos.

Lógicamente este espacio o esfera pública en la que se desarrollan los procesos de interacción comunicativa no posee un carácter ahistórico, ni puede ser definido según unos rasgos establecidos *a priori*. A lo largo del devenir de las sociedades asistimos a incesantes reconstrucciones y redefiniciones que vienen determinadas por las características e importancia de sus distintos elementos, así como por las condiciones estructurales bajo las que se lleva a cabo su constitución. En cada momento histórico tendremos, pues, que indagar los rasgos básicos que definen el espacio público de la comunicación política.

### ***Comunicación política y opinión pública***

Decir que comunicación y política son dos términos que se implican mutuamente parece algo bastante obvio. Si pensamos, por ejemplo, en uno de los aspectos fundamentales de la vida política de cualquier sociedad, como es la relación entre gobernantes y gobernados, podemos darnos cuenta fácilmente de la importancia que en ella tienen los procesos de comunicación: los gobernantes necesitan persuadir, mediante distintos tipos de mensajes, a los gobernados de la legitimidad y eficacia de su actuación con el fin de conseguir su apoyo, pero al mismo tiempo los gobernados buscarán los canales y procedimientos más adecuados –o socialmente disponibles– para tratar de transmitir sus demandas a quienes tienen el poder de decisión sobre los asuntos públicos. El tipo de comunicación que se establece en un momento determinado entre gobernantes y gobernados nos proporcionará una imagen bastante acertada de la distribución y características del poder político dentro de esa sociedad.

Los ejemplos al respecto podrían multiplicarse sin final y es que cualquier fenómeno o actividad política implica de una u otra forma una relación comunicativa. Este hecho es el que explica que algunos autores, como K. Deutsch (1980), sostengan que toda la política debe ser repensada en términos de comunicación, prestando especial atención a los factores que producen mensajes y determinan su impacto. En términos menos drásticos, pero dentro de una línea de razonamiento no muy distante, algunos autores funcionalistas han mantenido que la función de comunicación constituye la condición necesaria para el ejercicio del resto de funciones del sistema político (Almond y Powell, 1972). Con el uso que en estas concepciones se hace de la comunicación como procedimiento de análisis político hay que extremar las precauciones, ya que en muchas ocasiones se termina subordinando lo político a lo comunicativo, convirtiendo el ámbito de la política en una función derivada o producto de procesos sociales más amplios. Parece, en cambio, más acertado insistir en la estrecha relación que une ambas esferas, estableciendo en cada caso la contribución específica que los procesos comunicativos tienen en la configuración de los fenómenos políticos. En este sentido, y por referirnos a un fenómeno antes estudiado, cabría analizar la importancia que posee la comunicación en los procesos de socialización política. Los sujetos a lo largo de su vida van construyendo (mediante la transmisión y adquisición de normas, valores, percepciones, etc.) su mundo de referencias políticas a partir de una serie de elementos, entre los que tiene una especial relevancia la posición que ocupan en las diferentes redes de comunicación en las que participan. El tipo y contenido de las comunicaciones verticales y/o horizontales que se producen en el ámbito familiar, los flujos de circulación de la información, junto a la ubicación en la estructura de producción y recepción de mensajes dentro de los grupos secundarios organizados o el grado de exposición a la comunicación de masas, constituyen todos ellos aspectos decisivos para comprender el desenvolvimiento y los resultados del proceso de aprendizaje político (Atkin, 1981).

Qué debemos entender exactamente por comunicación política es un asunto debatido por los especialistas, que oscilan desde visiones sistémicas –como las presentadas anteriormente– en las que toda relación social puede reducirse a términos de teoría de la comunicación hasta aquellos otros que se centran exclusivamente en los aspectos más prácticos, es decir, en las técnicas comunicativas como el marketing político o la publicidad que se utilizan –normalmente desde las élites– para persuadir al mayor número posible de ciudadanos. Aunque esta última acepción es fundamental en el espacio público contemporáneo, no podemos dejarnos seducir por esta visión técnico-manipulativa; la realidad de la comunicación política es mucho más amplia.

En términos generales, dos son las perspectivas que hay que integrar al hablar de comunicación política. Por una parte, estaría la perspectiva de la comunicación política como transmisión de conocimientos e información “políticamente relevante”. El mejor resumen analítico de esta perspectiva sigue siendo la conocida máxima de Harold Laswell, para quien preguntarse por la comunicación significa responder a la pregunta: “¿Quién dice qué, a través de qué canal, a quién y con qué efectos?”. En esta sencilla fórmula se condensan los principales elementos o factores que intervienen en cualquier proceso comunicativo: la fuente del mensaje o emisor, el mensaje en sí mismo, el canal a través del que se transmite el mensaje, el destinatario o receptor y los efectos que el mensaje produce. Aunque este simple esquema puede y debe ser completado con otros conceptos aportados por la teoría de la comunicación, como el de “ruido” (interferencias o perturbaciones que afectan a la recepción del mensaje), el de “filtro” (puntos en el proceso de comunicación que hacen posible, impiden o limitan la transmisión del mensaje) o el de *feedback* (respuesta del receptor del mensaje que retroalimenta el proceso), nos proporciona una clara guía de por dónde puede caminar un determinado tipo de análisis de la comunicación política, el cual consistiría básicamente en estudiar cómo se produce la transmisión de información política entre unos emisores que es preciso identificar y una audiencia en la que se pueden observar una serie de efectos inducidos.

Esta perspectiva, sin embargo, en muchas ocasiones desemboca en concepciones demasiado lineales y simplistas (emisor-información-receptor) olvidándose de la complejidad inherente a todos los procesos comunicativos que se producen en el ámbito político, especialmente cuando no se tiene en cuenta (y ésta sería la segunda perspectiva a considerar) que la comunicación política también posee un componente fundamental de creación de significaciones mediante las interacciones que vinculan a los actores sociales y políticos. A través de las interpretaciones y de las definiciones de la situación<sup>14</sup> que realizan los distintos actores se lleva a cabo un proceso ininterrumpido de construcción de la realidad política: los problemas sociales, los temas de debate político, las imágenes de líderes y partidos son construidos e interpretados en el curso de la interacción comunicativa, de acuerdo con la posición que cada uno de los actores ocupa en el sistema de intercambio y relaciones que mantienen entre sí (Edelman, 1991; Swanson y Nimmo, 1990). De esta manera, cabría analizar momentos fundamentales de la vida política democrática, por ejemplo las campañas electorales, como una lucha entre distintos actores –sobre todo los que pretenden acceder al poder– por imponer entre los ciudadanos su representación de la situación política, lo que les permitirá aumentar su posición de dominio en el espacio público y su capacidad de influir sobre las conductas (Gerstlé, 1992; Swanson, 1981).

Aunque estas dos perspectivas de la comunicación política han sido desarrolladas por corrientes teóricas distintas hasta convertirse en buena medida en paradigmas alternativos, sería necesario hacer un esfuerzo de integración dentro de una visión plural, por cuanto los procesos comunicativos que tienen lugar en el ámbito político cumplen múltiples funciones y poseen varios aspectos que conviene no olvidar. Siguiendo en este punto a Gerstlé (1992), podemos distinguir tres dimensiones fundamentales en la comunicación política: la pragmática, la simbólica y la estructural. La *dimensión pragmática* tiene que ver básicamente con las prácticas efectivas de comunicación, esto es, con el tipo de relación que se establece mediante el proceso comunicativo entre el emisor y el receptor. El análisis desde un punto de vista pragmático nos permitirá desentrañar la lógica específica que subyace en cada caso a la comunicación política, para lo cual resulta imprescindible abordar el tema del discurso. El discurso político posee unas peculiaridades que le distinguen y diferencian, como suele ser su habitual carácter asimétrico, la preeminencia del conflicto sobre la cooperación o la importancia que tienen las desigualdades de acceso a las reglas de su comprensión (desiguales recursos cognitivos, lingüísticos, culturales, etc.). Y es que, por encima de la inmediatez de los textos que enuncian constantemente sujetos concretos, el discurso político hay que verlo –en línea con lo mantenido por M. Foucault (1978)– como práctica sometida a unas reglas, a unas regularidades históricamente establecidas que definen lo que debe decirse, cómo debe decirse y sobre todo lo que no debe decirse; de esta manera, el sujeto concreto, en cuanto emisor del discurso, pasa a un segundo plano, porque lo importante es el lugar desde el que se habla, el ámbito institucional desde el que se produce la emisión de enunciados. Aunque la concepción de Foucault puede ser criticada por múltiples aspectos (estaticidad, olvido del papel creativo del sujeto enunciativo, etc.) nos proporciona una vía interesante para poder superar la confusión derivada de la gran cantidad de mensajes que se entrecruzan en la vida política, especialmente en el espacio público contemporáneo en el que lo discursivo se ha convertido en elemento

---

<sup>14</sup> La importancia de las definiciones de la situación que realizan los sujetos fue magníficamente resumida, allá por los años veinte, por W. Thomas en una conocida proposición: “si los hombres definen determinadas situaciones como reales, éstas serán reales en sus consecuencias”.

imprescindible de la legitimidad de la acción política y en terreno privilegiado de la competición entre los actores.

La *dimensión simbólica* se refiere a la utilización de símbolos en el proceso de la comunicación. En la comunicación política, como en cualquier otro tipo de comunicación, los sujetos se sirven de signos disponibles en códigos para transmitir contenidos y significaciones, siendo el lenguaje el principal instrumento simbólico de transmisión del mensaje político. A través de las palabras, las estrategias de argumentación o las fórmulas retóricas los actores políticos disponen de un instrumento estratégico para transmitir a su audiencia muy diferentes significaciones y representaciones de la realidad (Bon, 1985). La lucha entre distintas fuerzas sociales y políticas por lograr imponer dentro del discurso político el significado de determinados términos que identifican temas centrales del debate político demuestra bien a las claras la importancia de los elementos simbólicos expresados a través del lenguaje. Pero la capacidad simbólica de la comunicación política no se agota en lo lingüístico, manifestándose también mediante otros procedimientos, como pueden ser por ejemplo los ritos que tanta importancia han tenido en las sociedades tradicionales en cuanto instrumento de reafirmación del poder ante los súbditos y que aún hoy en nuestras sociedades contemporáneas siguen conservando gran potencia simbólica: al fin y al cabo ¿qué otra cosa son las elecciones que actos rituales de comunicación que tratan de asegurar el consenso dentro de la sociedad?. (Balandier, 1976). Tampoco deberíamos olvidarnos de la eficacia simbólica de las imágenes y, en general, de todo el dominio icónico, sobre todo en nuestras tecnificadas sociedades actuales donde cada vez cobra mayor trascendencia lo que se ha dado en llamar la videopolítica (Sartori, 1992).

La *dimensión estructural* de la comunicación política, por último, hace referencia a las vías por medio de las cuales se llevan a cabo los flujos de información en la esfera pública, entre las que destacan por su importancia los canales por los que fluyen los contenidos comunicativos. En el ámbito político habitualmente se distinguen cuatro tipos de canales: los institucionales, como las administraciones o los parlamentos; los organizacionales, como los partidos, los grupos de presión y otras fuerzas organizadas; los mediáticos, como son los medios de comunicación de masas; los interpersonales, que existen dentro de los grupos y en los contactos informales entre individuos. El peso respectivo que cada uno de estos canales tenga en cada momento resultará decisivo para el tipo de estructura comunicativa predominante dentro de una comunidad política. Así, por ejemplo, en las sociedades industriales avanzadas asistimos a un cierto descenso de la importancia de los canales organizacionales como transmisores de información política en contraste con el incremento creciente del poder de los canales mediáticos que, además de ser para la mayor parte de la gente la principal fuente informativa en el terreno político, constituyen una referencia imprescindible en la formación de la opinión pública. Estos cambios estructurales explican en buena medida la situación actual de profunda transformación de los patrones de comunicación política, situación que, asimismo, se ve favorecida por las continuas innovaciones tecnológicas que están ampliando enormemente las posibilidades materiales de comunicación (televisión por satélite, televisión codificada, videotex, redes informáticas, etc.), todo lo cual está modificando también profundamente las pautas que rigen el debate político en nuestras sociedades industriales avanzadas.

La articulación dialéctica de estas tres dimensiones de la comunicación política proporcionará una imagen global de sus características definitorias en una sociedad determinada y en un momento histórico concreto, al tiempo que hace posible analizar la manera en que estos procesos comunicativos estructuran el espacio público de interacción en el que tiene lugar la formación y expresión de una opinión pública. Como muy bien señala Muñoz Alonso (1992), opinión pública y comunicación política son como el anverso y el reverso de una misma realidad. Hoy día no se puede hablar de opinión pública sin pensar en sondeos o encuestas que se suceden sin cesar sobre cualquier tema o cuestión que suscite un mínimo de interés, de manera tal que en la mayor parte de las ocasiones se hace pasar por opinión pública la mera suma de opiniones formuladas de manera más o menos reflexiva por individuos que no parecen mantener ningún lazo que los vincule entre sí. Esta situación tan habitual en nuestros días no nos puede hacer olvidar que la opinión pública es ante todo un fenómeno social de naturaleza comunicativa que desempeña una importante función sociopolítica, tal y como lo demuestra su propia evolución histórica y la intensa significación política que tradicionalmente se le ha atribuido.

El origen tanto del término como del propio fenómeno de la opinión pública, en el sentido que hoy lo entendemos, es un producto de la Ilustración, más concretamente de su concepción del hombre como un ser capaz de discutir y razonar sobre los asuntos públicos —aquellos relacionados con el bien o interés común— y asimismo capaz de alcanzar a través del debate con sus semejantes conclusiones justas y verdaderas. J.

Habermas (1994) es quizá quien ha realizado el mejor análisis sobre el proceso histórico de constitución de la opinión pública como entidad colectiva que refleja un bien común abstracto y trasciende la suma de intereses individuales. El pensador alemán, uno de los últimos representantes del pensamiento crítico de la Escuela de Francfort, sitúa su origen en un conjunto de tendencias históricas que vienen fraguándose en Europa desde el siglo XV, asociadas a la expansión del capitalismo mercantil y que cristalizan en el ambiente intelectual de los siglos XVII y XVIII: la difusión de una serie de innovaciones tecnológicas (la imprenta de tipos móviles), que hacen posible el flujo de informaciones y en paralelo la creación de un público lector (expansión de la alfabetización); el cambio ideológico iniciado en el Renacimiento y la Reforma protestante, dirigido a afirmar la supremacía del individuo y su condición de ser libre; el incremento del tráfico de mercancías y noticias (surgimiento de la prensa), que convierte a la burguesía en un poder social ascendente que necesita afirmar su posición social a costa del poder político estatal; la aparición de “lugares públicos” de encuentro (café, salones, tertulias) no dependientes del Estado, en los que se puede reunir un público formado por personas privadas capaces de desarrollar un debate crítico, racional e igualitario.

Este conjunto de cambios sociales, políticos, económicos e intelectuales, presididos por la fuerza creciente de la burguesía, dará como resultado –según Habermas– el surgimiento de un nuevo ámbito, el ámbito de lo social, como espacio público diferenciado y contrapuesto al ámbito del Estado-Corte, el ámbito del poder político absoluto. Esta esfera pública será la encargada de hacer valer las necesidades e intereses de la sociedad civil frente al Estado a través de la opinión pública en ella generada; “es, por tanto, el lento proceso histórico de separación entre el Estado y la sociedad civil el que hace posible la aparición de la opinión pública” (Muñoz Alonso *et al.*, 1992, p. 35). La opinión pública nace, en consecuencia, como un instrumento en manos de la burguesía para legitimar sus deseos de control del poder absoluto de la corte, basado en la identificación ideológica del público como ente de raciocinio crítico e igualitario con el público burgués, es decir, el reducido grupo de los propietarios poseedores de instrucción.

La irrupción de las masas en la vida política durante el siglo XIX va a provocar el derrumbe de la ficción socioeconómica sobre la que se asentaba el espacio público burgués, dejando paso a una nueva etapa en la que la opinión pública empieza a ser concebida en términos mucho menos optimistas (los peligros de la tiranía de la mayoría denunciados por Stuart Mill o la identificación entre opinión pública y opinión de la clase dominante que hace Marx) para acabar perdiendo paulatinamente su vinculación con el contexto político, ese referente de crítica al poder que le era consustancial en la concepción ilustrada y en la del primer liberalismo. Todo ello como consecuencia de las profundas transformaciones que experimentan las condiciones en que se lleva a cabo la comunicación política en las nuevas sociedades de la democracia de masas; es lo que Wright Mills (1978) llama el paso desde una sociedad de públicos a una sociedad de masas. El desarrollo de la investigación empírica y el énfasis positivista en el análisis de las opiniones individuales, tan característico de nuestra época actual, desembocará finalmente en lo que Habermas ha denominado la disolución psicosociológica del concepto de opinión pública: ésta se reduce a la suma de opiniones individuales, en la mayoría de los casos débilmente formadas y sometidas a múltiples influencias externas, que pueden ser analizadas mediante métodos empíricos cuantitativos –los sondeos de opinión– en los que subyace el principio de que todas las opiniones de todos los individuos tienen el mismo valor social, independientemente de la posición socioestructural que ocupen dentro de la colectividad.

Ante esta situación la pregunta que cabe hacerse es ¿cómo puede recuperarse la referencia colectiva imprescindible en la noción sociopolítica de opinión pública, sin por ello dejar de analizar cómo se constituyen las opiniones de los ciudadanos sobre las cuestiones públicas? Aunque la respuesta no es fácil, el camino más interesante es la investigación de los procesos comunicativos en los que se generan los distintos públicos de la opinión pública, entendidos como una entidad social en desarrollo que toma forma a través de la discusión y el debate sobre asuntos públicos específicos (Price, 1994). Frente a la concepción, ciertamente idealizada, de un único público resulta más ajustada a la realidad actual la idea de la existencia de diferentes públicos que vendrían definidos tanto por su ubicación estructural dentro del sistema de relaciones sociales (público activo *vs.* público atento) como por los asuntos colectivos alrededor de los que se articula el debate social y político. Desde este punto de vista, las condiciones en que se lleva adelante en nuestra sociedad la discusión pública, así como la posición que ocupan los ciudadanos en el proceso de la opinión pública, en cuanto espectadores pasivos, espectadores atentos o actores potenciales (Benedicto, 1993), constituyen, pues, dos elementos fundamentales para entender cómo –a través de la comunicación– se va construyendo el espacio público y cómo en su seno se

desarrollan los universos políticos de los ciudadanos. En ambos casos, el papel de los medios de comunicación de masas aparece como una variable de importancia crucial en la que hay que detenerse brevemente.

### *La “mediatización” de la vida política*

Si quisiéramos elegir una característica que definiera la esfera pública de nuestras sociedades contemporáneas ésta sin duda haría mención a la importancia decisiva que poseen los medios de comunicación de masas y especialmente los de carácter audiovisual, como la televisión. A lo largo de este siglo XX no sólo asistimos a una constante transformación de los mecanismos tecnológicos de transmisión de información sino que es la propia comunicación política la que se transforma: las interacciones comunicativas de los distintos actores políticos encuentran en los medios un elemento de intermediación imprescindible. Los *mass media*, además de constituir un canal básico para la transmisión de información política, se han convertido al mismo tiempo en emisores privilegiados de la misma; los mensajes y contenidos políticos se adaptan a las exigencias de la comunicación mediática. Los *mass media* se han convertido, así, en una característica estructural y estructurante del espacio público moderno. Como muy bien resumía Marshall McLuhan en su conocida frase “el medio es el mensaje”, el factor fundamental de la comunicación ya no son los contenidos transmitidos sino los medios a través de los que se transmiten, los cuales determinan los modos de pensar y actuar de la propia sociedad (MacLuhan, 1980).

Aunque desde el mismo momento en que surge la prensa –en el sentido moderno del término entre finales del siglo XVII y principios del XVIII–, ésta aparece como un hecho decisivo para la conformación del espacio público burgués antes descrito (Habermas, 1994), será a partir de las primeras décadas del siglo XX cuando el desarrollo espectacular de las técnicas de comunicación masiva (radio, cine, propaganda comercial, etc.) ponga de manifiesto en toda su extensión la enorme influencia que pueden ejercer sobre la vida sociopolítica en general y sobre las percepciones de los individuos en particular. Esta situación, desconocida hasta entonces, provocará inicialmente una reacción de perplejidad ante lo que se percibe como un enorme poder de manipulación y persuasión de las masas. Basándose en un esquema bastante simplista de estímulo-respuesta, en esta primera etapa del desarrollo de los *mass media* se tiende a pensar que éstos ejercen un impacto directo e inmediato sobre las opiniones y actitudes de una audiencia que además tendría poca capacidad de resistencia dado su carácter atomizado e individualizado, de acuerdo con los postulados de la teoría de la sociedad de masas (expuestos por G. Tarde, F. Le Bon o entre nosotros por J. Ortega y Gasset)<sup>15</sup>.

A partir de los años cuarenta la investigación sobre los efectos de los medios y su repercusión en la formación de la opinión pública experimentará un cambio notable: de las teorías del impacto directo se va a pasar a las de los efectos limitados. En las múltiples investigaciones empíricas que se realizan, centradas en buena parte en el terreno electoral, se terminará concluyendo –en radical oposición a la visión manipuladora antes defendida– que los medios son sólo un elemento más dentro del proceso de comunicación y que los efectos que provocan en el público están condicionados por un amplio conjunto de factores y circunstancias, entre los que destacan la tendencia a la exposición y percepción selectiva de la información (la gente tiende a exponerse a aquellas informaciones que sintonizan con sus opiniones) y el papel de intermediación que desempeñan los grupos de los que forman parte los individuos (los valores y normas de los grupos filtran los mensajes y constituyen el referente para la interpretación de la realidad) (Klapper, 1974). El fruto más interesante y a la vez más conocido de esta perspectiva investigadora es la hipótesis de la comunicación en dos fases (*two-step-flow*), según la cual la comunicación proveniente de los medios no circularía directamente hasta el público sino que estaría mediada por los líderes de opinión de los grupos, que son los que transmiten –a través de canales interpersonales– los contenidos a los sectores menos activos de la población (Lazarsfeld *et al.*, 1948; Katz y Lazarsfeld, 1979). La excesiva preocupación de estos autores por determinar empíricamente la contribución de los medios de comunicación al cambio actitudinal de los individuos, si bien les permitió matizar las anteriores visiones ingenuas de una sociedad de masas dominada por la manipulación mediática y reintroducir dentro del análisis de la comunicación política el factor de la influencia personal, en cambio les impidió captar las múltiples formas mediante las cuales los *mass media* presionan sobre las percepciones de la audiencia, influyendo en el

---

<sup>15</sup> Estas posiciones han sido tradicionalmente descritas mediante la metáfora de la aguja hipodérmica o de la bala. Al igual que una aguja inyecta un líquido o un proyectil traspasa el cuerpo contra el que se dirige, los medios inoculan o disparan sus mensajes que penetran directamente en la audiencia y provocan en ésta una reacción.

clima de opinión y contribuyendo así decisivamente a la formación de la opinión pública (Noelle-Neumann, 1993).

Las insuficiencias de las teorías de los efectos limitados (Muñoz Alonso *et al.*, 1992; Roda, 1989) sirvieron para mostrar que la verdadera importancia social de la acción de los medios de comunicación de masas no se sitúa en el plano más inmediato de las actitudes y opiniones individuales, en el cual –como había podido comprobarse– su influencia es bastante relativa, sino que muy por el contrario hay que buscarla en un plano más profundo, más a largo plazo, en los efectos que tienen sobre la comprensión de la realidad política por parte del público y, en consecuencia, sobre la formación de la opinión pública (Balle, 1985). Este nuevo punto de vista, predominante en la investigación desde hace ya varias décadas, ha permitido dirigir la atención hacia nuevas cuestiones, entre las que destaca el estudio de la capacidad de los medios para establecer la agenda de temas que entran a formar parte del debate político (*agenda-setting*). Sin que haya que desechar completamente la hipótesis de la exposición selectiva de los individuos a la información, cada día aparece más clara la situación contraria, esto es, la selección previa de asuntos, contenidos y acontecimientos que realizan los medios, actuando así como filtro que canaliza las preocupaciones de la opinión pública (McCombs y Shaw, 1972). Detrás de muchos de estos planteamientos lo que late es la impresión, bastante generalizada en nuestra sociedad, de que aquello de lo que no se ocupan los medios –sobre todo lo que no sale en televisión– no existe para la mayor parte del público<sup>16</sup>. Aunque pueda resultar algo exagerado defender una predeterminación absoluta de los contenidos temáticos de la opinión pública por parte de los medios de comunicación, lo que distintas investigaciones demuestran es la estrecha relación existente entre la agenda de temas de los medios, la agenda pública y la agenda institucional.

Pero la influencia de los medios no se agota en el tipo de información que transmiten sino que también resulta fundamental cómo la transmiten. En la época de la expansión imparable de la televisión, la comunicación mediática se convierte cada vez más y más en un espectáculo en el que predominan la dramatización, la personalización y la simplificación, con las evidentes consecuencias que ello tiene para el desarrollo de la vida política en unas sociedades como las actuales, en las que los públicos dependen en gran medida de los recursos informativos de los medios de comunicación de masas para conocer, interpretar y orientarse ante la realidad sociopolítica.

## Resumen

Entre los múltiples factores que influyen en la acción política de los ciudadanos le corresponde un lugar fundamental a lo que hemos denominado sus universos políticos, esto es, los conjuntos de creencias, normas, valores, disposiciones culturales y percepciones que constituyen la matriz básica a partir de la cual los ciudadanos se enfrentan al mundo de la política. La construcción de estos universos políticos no debe, en ningún caso, concebirse como una mera “aventura individual”; muy por el contrario, ésta tiene lugar en el seno de una serie de procesos sociales, algunos de los cuales son analizados en este capítulo.

A través de la socialización política, que es preciso considerar como una dimensión específica del fenómeno más general de la socialización, los sujetos van dando forma a su mundo político y aprenden en distintos ámbitos (familia, escuela, asociaciones secundarias, etc.) los contenidos y significados de la vida colectiva de la comunidad en la que están insertos, en un proceso en el que se combina la transmisión intergeneracional y la creación de una identidad política.

La asunción de unas determinadas pautas culturales constituye otro de los elementos fundamentales en el complejo proceso de formación de los universos políticos de los ciudadanos. La cultura política trata de designar el peculiar contexto de significaciones en que se desarrolla la vida política de una comunidad; contexto que está estrechamente vinculado con el marco socioeconómico y con la propia acción política que allí se desarrolla.

Por último, las interacciones que los sujetos –desde sus distintas posiciones estructurales– mantienen en el espacio público de la comunicación contribuyen también decisivamente a la formación de sus universos

---

<sup>16</sup> Una dramática confirmación de esta situación la encontramos actualmente en la tendencia a convertir los conflictos bélicos en un espectáculo televisivo: solamente aquellos conflictos que logran atraer el interés de las cadenas de televisión –por supuesto, norteamericanas– consiguen convertirse en un acontecimiento relevante, tanto para la opinión pública en general como para las elites en el poder. Los casos de la “guerra del golfo” (1991), la intervención norteamericana en Somalia (1992) o la guerra civil de Ruanda (1994) son sólo algunos de los ejemplos recientes más llamativos.



políticos. Mediante los procesos comunicativos que dan lugar a la opinión pública los ciudadanos adquieren información, al tiempo que se produce una constante recreación de la realidad política. Hoy en día estos procesos comunicativos no pueden pensarse sin referirse a la importancia crucial de los medios de comunicación de masas, los cuales se han convertido en una característica estructural y estructurante del espacio político contemporáneo.

### **Lecturas complementarias**

PERCHERON, ANNICK, *La socialisation politique*, París, Armand Colin, 1993. El libro póstumo de esta autora francesa reúne una selección de sus principales textos, realizados en los últimos veinte años, a través de los que se obtiene una completa visión de la socialización política como proceso de adquisición y construcción progresiva de la identidad política.

INGLEHART, RONALD, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, CIS, 1991. Nueva presentación de uno de los análisis del cambio sociopolítico actual que mayor repercusión han tenido en los últimos años, basado en la conocida hipótesis del surgimiento de los valores postmaterialistas y su incidencia sobre un gran número de aspectos de la vida social y política.

GIBBINS, JOHN (ed.), *Contemporary Political Culture. Politics in a Postmodern Age*, Londres, Sage, 1989. Compilación de una serie de artículos sobre los cambios que se están produciendo en las culturas políticas de las sociedades postindustriales o postmodernas. En la mayor parte de las contribuciones se insiste en el proceso de fragmentación de los viejos patrones culturales y la emergencia de nuevos valores, actitudes y comportamientos en el ámbito social y político,

HABERMAS, JURGEN, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, México, Gustavo Gili, 1994. Este clásico de la sociología política, originalmente publicado en 1962, sigue siendo hoy una referencia imprescindible para comprender los fundamentos socioideológicos que hacen posible el surgimiento de la sociedad liberal-democrática y sus transformaciones contemporáneas.

MUÑOZ ALONSO, A.; MONZON, C.; ROSPIR, J. I. y DADER, J. L., *Opinión pública y comunicación política*, Madrid, Eudema Universidad, 1992. Excelente y accesible presentación, realizada por un conjunto de profesores del Departamento de Opinión Pública y Cultura de Masas de la Universidad Complutense de Madrid, de las diferentes teorías acerca de la opinión pública y de la influencia que sobre la misma ejercen los medios de comunicación de masas.

---

## BIBLIOGRAFÍA

- ABRAMSON, P. (1987): Las actitudes políticas en Norteamérica, Buenos Aires, Grupo editor Latinoamericano.
- ALMOND, G. (1956): "Comparative Political Systems", *Journal of Politics*, 18, pp. 391-409.
- ALMOND, G. (1980): "The Intellectual History of the Civic Culture Concept", en G. ALMOND y S. VERBA (eds.), *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown.
- ALMOND, G. y POWELL, G. (1972) [e.o. 1966]: *Política comparada*, Buenos Aires, Paidós.
- ALMOND, G. y VERBA, S. (1970) [e.o. 1963]: *La cultura cívica*, Madrid, Euramérica.
- ALMOND, G. y VERBA, S. (eds.) (1980): *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown.
- ALWIN, D. y KROSNICK, J. (1991): "Aging, Cohorts and the Stability of Sociopolitical Orientations over the Life Span", *American Journal of Sociology*, 97, pp. 169-195.
- ATKIN, C. (1981): "Communication and Political Socialization", en D. NIMMO y K. SANDERS (eds.), *Handbook of Political Communication*, Beverly Hills, Sage.
- BACHRACH, P. (1973): *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu.
- BALANDIER, G. (1976): *Antropología política*, Barcelona, Edicions 62.
- BALLE, F. (1985): "Communication et action politique. Médias et politique", en M. GRAWITZ y J. LECA (eds.), *Traité de science politique*, vol. 3, París, PUF.
- BARRY, B. (1974): *Los sociólogos, los economistas y la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu.
- BECK, P. A. (1977): "The Role of Agents in Political Socialization", en S.A. RENSHON (ed.), *Handbook of Political Socialization*, Nueva York, Free Press..
- BECK, P. A. y JENNINGS, M. K. (1991): "Family Traditions, Political Periods and the Development of Partisan Orientations", *Journal of Politics*, 53, pp. 742-763
- BÉJAR, H. (1988): *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*, Madrid, Alianza Editorial.
- BENEDICTO, J. (1993): "¿Espectadores o actores potenciales? El debate sobre los sistemas de creencias políticas de los ciudadanos", *Revista de Estudios Políticos*, 80, pp. 271-295.
- BERELSON, B.; LAZARSFEELD, P. y McPHEE, W. (1954): *Voting. A Study of Opinion Formation in a Presidential Campaign*, Chicago, Chicago University Press.
- BON, F. (1985): "Communication et action politique. Langage et politique", en M. GRAWITZ y J. LECA (eds.), *Traité de science politique*, vol. 3, París, PUF.
- BOURDIEU, P. y PASSERON, J. C. (1977) [e.o. 1970]: *La reproducción*, Barcelona, Laia.
- BROWN, A. y GRAY, J. (eds.) (1979): *Political Culture and Political Change in Communist States*, Nueva York, Holmes & Meier.
- BUDGE, I.; CREWE, I. y FARLIE, D. (eds.) (1976): *Party Identification and Beyond*, Londres, Wiley.
- CAMPBELL, A.; GURIN, G. y MILLER, W. (1954): *The Voter Decides*, Nueva York, Harper.
- CAMPBELL, A.; CONVERSE, P.; MILLER, W. y STOKES, D. (1960): *The American Voter*, Nueva York, Wiley.
- CASTILLO, P. del (1990): "Aproximación al estudio de la identificación partidista en España", *Revista de Estudios Políticos*, 70, pp. 125-141.
- COT, J. P. y MOUNIER, J. P. (1978): *Sociología Política*, Barcelona, Blume.
- DALTON, R. (1988): *Citizen Politics in Western Democracies. Public Opinion and Political Parties in the United States, Great Britain, West Germany and France*, New Jersey, Chatham House Pub.
- DEUTSCH, K. (1980) [c.o. 1963]: *Los nervios del Gobierno*, Buenos Aires, Paidós.
- DOWSE, R. y HUGHES, J. (1986) [c.o. 1972]: *Sociología Política*, Madrid, Alianza Editorial.
- DURKHEIM, E. (1982) [c.o. 1893]: *La división del trabajo social*, Akal, Madrid.
- EASTON, D. (1965): *A System Analysis of Political Life*, Nueva York, Wiley.
- EASTON, D. y DENNIS, R. (1969): *Children in the Political System*, Nueva York, McGraw Hill.
- ECKSTEIN, H. (1992): *Regarding Politics*, Berkeley, University of California Press.
- EDELMAN, M. (1991): *La construcción del espectáculo político*, Buenos Aires, Manantial.
- FAGEN, R. (1969): *The Transformation of Political Culture in Cuba*, Stanford, Stanford University Press.
- FLANAGAN, S. (1982): "Changing Values in Advanced Industrial Society", *Comparative Political Studies*, 14, pp. 403-444.
- FOUCAULT, M. (1978): *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI.
- GAXIE, D. (1978): *Le cens caché*, París, Seuil.
- GERSTLÉ, J. (1992): *La communication politique*, París, PUF.

- GIBBINS, J. R.** (ed.) (1989): *Contemporary Political Culture*, Londres, Sage.
- GINER, S.** (1986): “La estructura lógica de la democracia”, *Sistema*, 70, pp. 3-26.
- GREENSTEIN, F.** (1960): “The Benevolent Leader: Children’s Images of Political Authority”, *American Political Science Review*, 54, pp. 934-943.
- GREENSTEIN, F.** (1965): *Children and Politics*, New Haven, Yale University Press.
- GREENSTEIN, F.** (1977): “Socialización política”, en E. SHILS (ed.), *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 10, Madrid, Aguilar.
- GUNTHER, R.; SAM, G. y SHABAD, G.** (1986): *El sistema de partidos en España. Génesis y evolución*, Madrid, CIS.
- HABERMAS, J.** (1994) [e.o. 1962]: *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gilli.
- HARDING, S. et al.** (1986): *Contrasting Values in Western Europe*, Londres, MacMillan.
- HESS, R. y TORNEY, J.** (1967): *The Development of Political Attitudes in Children*, Chicago, Aldine.
- HYMAN, H.** (1959): *Political Socialization*, Nueva York, Free Press.
- IGLESIAS DE USSEL, J.** (1988): “Socialización y control social”, en S. DEL CAMPO (ed.), *Tratado de Sociología*, vol. 1, Madrid, Taurus.
- INGLEHART, R.** (1977): *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles among Western Publics*, Princeton, Princeton University Press.
- INGLEHART, R.** (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, CIS.
- JENNINGS, M. K. y NIEMI, R.** (1974): *The Political Character of Adolescence*, Princeton, Princeton University Press.
- JENNINGS, M. K. y NIEMI, R.** (1981): *Generations and Politics*, New Jersey, Princeton University Press.
- JENNINGS, M. K. y NIEMI, R.** (1991): “Issues and Inheritance in the Formation of Party Identification”, *American Journal of Political Science*, 35, pp. 970-988.
- JUSTEL, M.** (1992): “Edad y cultura política”, *R.E.I.S.*, 58, pp. 57-96.
- KAASE, M.** (1982): *The Concept of Political Culture: its Meaning for Comparative Political Research*, Florencia, EUI.
- KATZ, E. y LAZARFELD, P. F.** (1979) [c.o. 1955]: *La influencia personal: el individuo en el proceso de comunicación de masas*, Barcelona, Hispano Europea.
- KLAPPER, J. T.** (1974) [e.o. 1960]: *Efectos de las comunicaciones de masas*, Madrid, Aguilar.
- LANE, R.** (1992): “Political Culture. Residual Category or General Theory?”, *Comparative Political Studies*, 25, pp. 362-387.
- LAZARFELD, P. F.; BERELSON, B. y GAUDET, H.** (1948): *The People’s Choice*, Nueva York, Columbia University Press.
- LLJPHART, A.** (1980): “The Structure of Inference”, en G. Almond y S. Verba (eds.), *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown.
- LINZ, J. J.** (1987): *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza Editorial.
- LÓPEZ PINTOR, R.** (1987): “El impacto del autoritarismo en la cultura política. La experiencia española en una perspectiva comparada”, en VV. AA., *Política y Sociedad*, vol II, CISCESCO.
- MACPHERSON, C. B.** (1991): *La democracia liberal y su época*, Madrid, Alianza Editorial.
- MARAVALL, J. M.** (1985): *La política de la transición*, Madrid, Taurus.
- MARSHALL, T. H.** (1992) [c.o. 1950]: *Citizenship and Social Class*, Londres, Pluto Press.
- MCCOMBS, M. E. y SHAW, D. L.** (1972): “The Agenda-Setting Function of Mass Media”, *Public Opinion Quarterly*, 36, pp. 176-187.
- McLUHAN, M.** (1980) [c.o. 1967]: *El medio es el mensaje*, Barcelona, Paidós.
- MEAD, G. H.** (1982): *Espíritu, persona y sociedad*, Barcelona, Paidós.
- MERELMAN, R.** (1986): “Revitalizing Political Socialization”, en M. HERMANN (ed.), *Political Psychology*, San Francisco, Jossey-Bass Pub.
- MERELMAN, R.** (1991): *Partial Visions: Culture and Politics in Britain, Canada and the United States*, Madison, University of Wisconsin Press.
- MUÑOZ ALONSO, A.; MONZÓN, C.; ROSPIR, J. I. y DADER, J. L.** (1992): *Opinión pública y comunicación política*, Madrid, Eudema.
- NIEMI, R.** (1974): “Political Socialization”, en J. KNUTSON (ed.), *Handbook of Political Psychology*, San Francisco, Jossey-Bass Pub.

- NOELLE-NEUMANN, E. (1993): *La espiral del silencio*, Barcelona, Paidós.
- PATEMAN, C. (1971): "Political Culture, Political Structure and Political Change", *British Journal of Political Science*, 1, pp. 291-305.
- PATEMAN, C. (1980): "The Civic Culture: A Philosophical Critique", en G. ALMOND y S. VERBA (eds.), *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown.
- PATRICK, G. (1984): "Political Culture", en G. SARTORI (ed.), *Social Science Concepts. A Systematic Analysis*, Londres, Sage.
- PERCHERON, A. (1974): *L'univers politique des enfants*, París, FNSP-Armand Colin,
- PERCHERON, A. et al. (1978): *Les 10-16 ans et la politique*, Paris, FNSP.
- PERCHERON, A. (1985): "La socialisation politique. Defense e illustration", en M. GRAWITZ y J. LECA (eds.), *Traité de Science Politique*, vol. 3, París, PUF.
- PERCHERON, A. (1993): *La socialisation politique*, París, Armand Colin
- PERCHERON, A. y JENNINGS, M. K. (1981): "Political Continuities in French Families: A New Perspective on an Old Controversy", *Comparative Politics*, 13, pp. 421-436.
- PRICE, V. (1994): *La opinión pública. Esfera pública y comunicación*, Barcelona, Paidós.
- PYE, L. (1962): *Politics, Personality and Nation Building*, New Haven, Yale University Press.
- PYE, L. (1977): "Cultura Política", en E. SHILS (ed.), *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 3, Madrid, Aguilar.
- RENSHON, S. (1975): "Assumptive Frameworks in Political Socialization Theory", en S. A. RENSHON (ed.), *Handbook of Political Socialization*, Nueva York, Free Press.
- RODA, R. (1989): *Medios de comunicación de masas. Su influencia en la sociedad y en la cultura contemporáneas*, Madrid, CIS.
- RUSH, M. (1992): *Politics and Society*, Londres, Prentice Hall.
- SARTORI, G. (1992): *Elementos de teoría política*, Madrid, Alianza Editorial.
- SEARING, D.; SCHWARTZ, J. y LIND, A. (1973): "The Structuring Principle: Political Socialization and Belief systems", *American Political Science Review*, 67, pp. 415-432.
- SEARING, D., WRIGHT, G. y RABINOWITZ, G. (1976): "The Primacy Principle: Attitude Change and Political Socialization", *British Journal of Political Science*, 6, pp. 83-113.
- SEARS, D. (1975): "Political Socialization", en F. GREENSTEIN y N. POLSBY (eds.), *Handbook of Political Science*, vol. II, Reading, Addison-Wesley.
- SEARS, D. (1982): *Political Attitudes through the Lifie Cicle*, San Francisco, Freeman.
- SENNETT, R. (1978): *El declive del hombre público*, Barcelona, Península.
- SIGEL, R. y HOSKIN, M. (1977): "Perspectives on Adult Political Socialization", en S.A. RENSHON (ed.), *Handbook of Political Socialization*, Reading, Addison-Wesley.
- SWANSON, D. (1981): "A Constructivist Approach", en D. NIMMO y K. SANDERS (eds.), *Handbook of Political Communication*, Beverly Hills, Sage.
- SWANSON, D. y NIMMO, D. (1990): *New Directions in Political Communication*, Londres, Sage.
- THOMPSON, D. (1990): "La protección social y los historiadores", en L. BONFIELD, R. SMITH y K. WRIGHTSON (comps.), *El mundo que hemos ganado. Estudios sobre población y estructura social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- TOCQUEVILLE, A. (1985) [c.o. 1835]: *La democracia en América*, Madrid, Alianza Editorial.
- VERBA, S. (1965): "Comparative Political Culture", en L. PYE y S. VERBA (eds.), *Political Culture and Political Development*, Princeton, Princeton University Press.
- VERBA, S. (1980): "On revisiting the Civic Culture: A Personal Poscript", en G. ALMOND y S. VERBA (eds.), *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown.
- WEBER, M. (1977) [c.o. 1922]: *Economía y sociedad*, México, FCE.
- WEBER, M. (1984b) [c.o. 1906]: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, en M. WEBER, *Ensayos sobre sociología de la religión*, I, Madrid, Taurus .
- WEBER, M. (1992): *La ciencia como profesión. La política como profesión*, Madrid, Espasa Calpe.
- WELCH, S. (1987): "Issues in the Study of Political Culture. The example of Communist Party States", *British Journal of Political Science*, 17, pp. 479-501.
- WELCH, S. (1993): *The Concept of Political Culture*, Basingstoke, Macmillan.

- WESTHOLM, A. y NIEMI, R.** (1992): "Political Institutions and Political Socialization. A CrossNational Study", *Comparative Politics*, 25, pp. 25-43.
- WILDAWSKY, A.** (1987): "Choosing Preferences by Constructing Institutions: a Cultural Theory of Preference Formation", *American Political Science Review*, 81, pp. 4-21.
- WILDAWSKY, A.** (1989): "Frames of References come from Cultures. A Predictive Theory", en M. FREILICH (ed.), *The Relevance of Culture*, South Hadley, Bergin and Garvey.
- WILSON, R.** (1992): *Compliance Ideologies: Rethinking Political Culture*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WRIGHT MILLS, C.** (1978) [c.o. 1956]: *La élite del poder*, México, FCE.